5
rajo 1
tra D.
3181

ADMINISTRACION
LIRICO-DRAMÁTICA.

DEMI-MONDE,

COMEDIA

EN CINCO ACTOS Y EN PROSA

DE A. DUMAS, HIJO.

TRADUCIDA AL CASTELLANO

POR

DON LUIS VALDES.

Se suplica la devolucion de este ejemplar.

MADRID.
SEVILLA, 14, PRINCIPAL.
1883.

AUMENTO Á LA ADICION AL CATÁLOGO PUBLICADA EN 1.° DE JUNIO DE 1883.

COMEDIAS Y DRAMAS.

Hombs.	Mujrs.	TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Parte que corresponde á la Administracion.
»	»	Aguas minerales. s. o. v.	1	D. Javier de Búrgos	Todo.
1	1	Azuqueca, dos minutos!	1	Sres. Casañ y Romea	»
4	2	Coquetina-j. o. v.	1	D. Francisco S. Godo	»
2	3	Correo de la Habana-c. o. p.	1	Mariano Pina	»
»	»	Dos y dos... dos	1	Juan Chazarri	»
6	1	El arca de Noé	1	Vicente Guillen	»
»	1	El dedal de plata, monólogo- o. v.	1	Manuel Reina	»
3	1	El loco, de locos habla	1	Miguel Mendez Alvarez	»
3	2	El oso y el centinela	1	Felípe Perez y Gonzalez	»
3	2	El sobrino aparecido	1	J. G. y E.	»
»	»	Jesús, Mariquita y Pepe	1	José Acuaviva	»
13	4	La calle de Toledo-j. o. v.	1	José Lopez Silva	»
»	»	La mona de mi vecina	1	José Acuaviva	»
4	2	Las bodas-m. o. p.	1	Francisco Cid Rodriguez	»
6	2	Los dedos huéspedes	1	Baron de Córtes	»
7	7	Madrid-Zaragoza-Alicante	1	Mariano Pina Dominguez	»
2	2	Mellizos-c. o. v.	1	Francisco J. Godo	»
»	»	Mi retrato	1	Francisco Macarro	»
3	2	Paso atrás	1	Ramon Marsal	»
»	»	Pólvora en salvas	1	E. Aulés	»
1	2	Querer rabiando	1	E. B.	»
»	»	Sustos y enredos	1	José Acuaviva	»
»	»	Tot cor	1	E. Aulés	»
4	»	Tragedia y melodía	1	Miguel Mendez Alvarez	»
3	1	Un amor improvisado	1	Ricardo Gomez	»
3	»	Un artista á la moderna	1	Manuel Moreno	»
2	2	Un marido impertinente-j. o. v.	1	Sres. Godo y Rabola	»
3	2	La suegro-fobia	2	D. Francisco Macarro	»
»	»	Suegro, padre y alguacil	2	Eduardo Sanchez Castilla	»
»	»	Con las armas de su honor	3	Juan Chazarri	»
6	3	Las dos Ineses	3	E. B.	»
8	4	Las violetas de fuego. (Mágia)	3	Juan J. Chazarri	»
7	5	Demi-monde-c. t. p.	5	Luis Valdés	»

DEMI-MONDE.

DEMI-MONDE,

COMEDIA EN CINCO ACTOS Y EN PROSA

DE A. DUMAS, HIJO,

TRADUCIDA AL CASTELLANO

POR

DON LUIS VALDÉS.

Representada con extraordinario éxito en el Teatro de la COMEDIA la noche del 31 de Octubre de 1883.

MADRID.—1883.

IMPRENTA DE COSME RODRIGUEZ,

SOBRINO DE DON JOSÉ RODRIGUEZ.

Calvario, n.º 18.

PERSONAJES.	ACTORES.
SUSANA, Baronesa D'Ange.....	D.ª María Álvarez Tubau.
LA VIZCONDESA DE VERNIERES.....	Josefa Guerra.
VALENTINA DE SANTÍS.....	Eloisa Gorriz.
MARCELA DE SANCENAUX...	Julia Martinez.
SOFÍA, criada.....	María Cancio.
OLIVIER DE JALIN.....	D. Emilio Mario.
RAIMUNDO DE NANJAC.....	Enrique Sanchez de Leon.
HIPÓLITO RICHOND.....	Julian Romea.
EL MARQUÉS DE THONNERINS	Elías Aguirre.
CRIADO 1.º.....	Mariano Lahoz.
IDEM 2.º.....	Vicente Royo.
IDEM 3.º.....	Antonio Bueno.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los comisionados de la Administracion Lírico-Dramática de D. Eduardo Hidalgo, son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representacion y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ADVERTENCIA.

Traduje íntegra esta comedia, que considero una de las mejores de A. Dumas, hijo, procurando interpretar fielmente los pensamientos del autor y dar á sus palabras la equivalencia que tienen en nuestro idioma; pero al publicar mi trabajo por medio de la imprenta, suprimo todo lo que personas experimentadas juzgaron que debía atajarse para la representación, cuyo buen éxito (aunque se deba en gran parte al talento y maestría con que fué dirigida y representada la obra) ha venido á justificar la conveniencia de los cortes. Sin fuerzas ni atrevimiento para acometer la reforma del original, me he limitado á traducir, y como no cabe acortar beneficiosamente de otro modo que refundiendo, es posible que haya desaparecido algo que facilitaba la inteligencia de la fábula ó contribuia á la justificación de los hechos.

LUIS VALDÉS.

677385

ACTO PRIMERO.

Gabinete en casa de Olivier de Jalin.

ESCENA PRIMERA.

LA VIZCONDESA y OLIVIER.

VIZC. ¿Segun eso, me promete usted que la cuestión no tendrá consecuencias?...

OLIVIER. No debe tenerlas.

VIZC. Estaba con mucho cuidado, deseando ver á usted para salir de dudas, y he venido á su casa á riesgo de encontrarme... ¡Dios sabe con quién!

OLIVIER. ¿Cree usted que recibo mala gente?

VIZC. Lo dicen.

OLIVIER. Pues se engañan: aquí no vienen más que amigas de usted.

VIZC. Eso es muy lisongero para mis amigas.

OLIVIER. Despues de todo, la causa y el objeto de su venida, autorizan á usted para dar este paso. Dos de sus tertulios, el señor Maucroix y el señor Latour, sin duda por una mala inteligencia, han tenido en su casa de usted ciertas contestaciones desagradables con motivo del juego, que piden una explicación; yo soy el

padrino del señor Maucroix; y usted viene á suplicarme que arregle el asunto: nada más natural.

VIZC. Ciertamente: pero deseo ocultar nuestra entrevista, y me interesa que todo París ignore que se juega en mi tertulia. Ruego á usted, pues, que procure arreglar el asunto; y, si no es posible, que vea usted la manera de inventar, como causa del duelo, un pretexto que nada tenga que ver con mi persona, ni con mis reuniones. Dejo jugar á mis tertulianos para que se diviertan, y no para que riñan.

OLIVIER. Corriente.

VIZC. Mil gracias, amigo mio. Y puesto que la señora de Santís no llega, dejo á usted.

OLIVIER. ¿Cómo: la señora de Santís va á honrarme con su visita?

VIZC. Cuando supo que venía aquí, me dijo: «Iré á recoger á usted, y de paso no me disgustará ver á ese gran calavera.» Pero es tan aturdida, que lo habrá olvidado, y no puedo esperarla más tiempo. Adios. ¡Ah! ¿No me pregunta usted por mi sobrina? Pues ella me ha encargado muchas cosas que decir á usted.

OLIVIER. ¿Cosas gratas?

VIZC. Cariñosísimas.

OLIVIER. Marcela es una niña muy amable.

VIZC. Verdaderamente que es amable; y nada la obliga á serlo con usted. Está segura de que no se casará usted con ella.

OLIVIER. ¡Oh! ¡Jamás!

VIZC. En otra parte peor podría usted caer, amigo mio.

OLIVIER. Cuando se cae, no se cae nunca bien.

VIZC. Pues crea usted que no le faltan á mi sobrina mejores partidos.

OLIVIER. ¿De veras?

VIZC. Usted no es rico.

OLIVIER. ¡Phis! Treinta mil francos de renta.

VIZC. ¿En consolidado?

OLIVIER. En fincas.

VIZC. ¡Ah! eso es algo. Pero tendrá usted familia!...

OLIVIER. ¿Quién no tiene familia? La mia se reduce á mi madre, que se ha vuelto á casar, y á quien veo rara vez desde que salí de la menor edad, y tuve que pleitear con su marido para recobrar la legítima de mi padre. Creo que no me quiere mucho; pero no me admira, pues cuando una madre borra de sus nombres el apellido del padre de sus hijos, llega á ser casi una persona extraña para estos. Y hé aquí, mi querida Vizcondesa, la causa que me obligó á manejarme por mí sólo antes de tiempo; hé aquí por qué hice tantas locuras, por qué contraje tantas deudas, que he pagado despues; y cómo, á fuerza de golpes y desengaños, tengo hoy mucha experiencia, y soy demasiado formal para poder unirme á su sobrina de usted.

VIZC. ¡Cómo no tiene caudal!...

OLIVIER. Para mí nada importa que no lo tenga. No soy hombre capaz de casarme por el interés. Otra cosa deseo, Vizcondesa.

VIZC. ¿Cuál?

OLIVIER. Los hombres de mundo no son tan tontos como parecen. Cuando nos casamos, es para encontrar en la mujer propia lo que hemos buscado inútilmente en las ajenas; y cuanto más hemos vivido, tanto más deseamos que nuestra mujer conozca ménos la vida. Esas jóvenes, que antes de su matrimonio adquieren gran reputación por su ingenio é independencia, suelen llegar á ser esposas deplorables. ¡Ahí tiene usted á la señora de Santís!

VIZC. Pero Marcela no tiene el carácter de Valentina.

OLIVIER. Lo cual no impide que la señora de Santís, separada de un esposo, que nadie conoce, pervertida y capaz de comprometer á todo el mundo, tenga por amiga íntima á la señorita de Sancenaux, su sobrina de usted. ¿Cree usted que la señora de Santís es la compañía más conveniente para una muchacha de veinte años?

VIZC. ¿Qué quiere usted! Yo carezco de fortuna para propor-

cionar goces á esa pobre niña; la señora de Santís tiene coche, frecuenta los paseos y los teatros, y Marcela disfruta esas distracciones. ¿Hace mal en ello?

OLIVIER. No, pero dá lugar á que piensen que sí; y, ¿quién sabe?, puede que andando el tiempo...

VIZC. ¡Señor Olivier!...

OLIVIER. Digo la verdad. Cuando Marcela salió del colegio, hace tres años, debió usted confiársela al marqués de Thonnerins, que deseaba colocarla al lado de su hija. Hoy viviría su sobrina de usted en otra sociedad más conveniente, y segura de hacer una buena boda, lo cual ya me parece imposible.

VIZC. No; puesto que si Marcela quiere, puede casarse antes de dos meses; y será una esposa muy feliz y excelente.

OLIVIER. Y ¿con quién piensa usted casar ahora á la sobrina?

VIZC. Con un caballero.

OLIVIER. ¿Que la ama y que es amado?

VIZC. No; pero poco importa. Cuando en el matrimonio existe el amor, el hábito lo mata, y cuando no existe, le hace nacer.

OLIVIER. Habla usted como la Rochefoucauld. ¿Y de dónde le ha venido á usted ese novio?

VIZC. Me lo ha presentado el señor de Latour.

OLIVIER. Presentado por el señor de Latour, será mercancía de pacotilla, mitad hilo, mitad algodon.

VIZC. Pues mire usted, yo conozco bien á los hombres y le aseguro que no podría soñar Marcela un marido mejor. Jóven, figura distinguida, treinta y dos años á lo más, militar, condecorado, sin familia. Es un novio que ni hecho de encargo; y usted será el primero en confesarlo cuando le conozca.

OLIVIER. ¿Voy á conocerle?

VIZC. Hoy mismo: es el padrino del señor de Latour.

OLIVIER. ¿Cómo, es ese señor de Nanjac, que dejó ayer una tarjeta en mi casa y que debe venir á las tres?

VIZC. Justamente.

CRIADO. (Anunciando.) La señora de Santís.

ESCENA II.

LOS MISMOS, VALENTINA.

VIZC. ¡Cuánto ha tardado usted, hija mia!

VALENT. No me hable usted de eso; creí que no acababa nunca. (Á Olivier.) ¿Usted sigue bien?

OLIVIER. Perfectamente.

VALENT. Figúrense ustedes que me atrapó la modista antes de salir de casa, y tuve que probarme varios trajes: uno de ellos es lindísimo, y lo estrenaré mañana para ir á las carreras; ya verán ustedes! Luégo he ido á encargar un coche de dos caballos, y mandé que me mostrasen al cochero, que es un inglés de muy buena presencia, un real mozo. Despues, estuve en casa de mi casero, pues ya saben ustedes que me mudo... ¿Cuánto paga usted por esta habitacion?

OLIVIER. Tres mil francos.

VALENT. Pero vive usted en los barrios nuevos, en un desierto; aquí podría uno hasta tirarse por el balcon sin que nadie lo viese. No sé cómo no se muere usted de tristeza. Yo he encontrado un cuarto precioso en la calle de la Paz, segundo exterior, por siete míl quinientos francos, y el propietario pone los papeles. La sala de encarnado y oro, la alcoba de jaspeado amarillo, y el tocador de saten de china, azul. Por supuesto, voy á renovar todo el mobiliario, procurando el mayor lujo posible.

OLIVIER. ¿Con qué piensa usted pagar todo eso?

VALENT. ¿Cómo, con qué? ¿No tengo mi dote?

OLIVIER. Al ver la vida que usted hace, creí que estaría ya agotada su dote.

VALENT. Me quedan treinta mil francos, poco más ó ménos. (Á la Vizcondesa.) ¡Ah! querida mia, si tiene usted necesidad de dinero, le recomiendo á mi agente de negocios,

el señor Michel. No pudiendo esperar á que se venda una finca que poseo en Turena, le entregué los títulos, y me adelantó en el acto cinco mil francos á cuenta, con un interés de ocho por ciento. No es demasiado caro, ¿verdad? Voy, en cuanto salga de aquí, á buscar el resto de la suma.

OLIVIER. Ese Michel, ¿es uno pequeño, flaco, con bigote, camisa bordada y botones de esmalte en el chaleco?

VALENT. ¡Es muy elegante!

OLIVIER. ¡Ay, amiga mia! Si está usted ya entre las manos de ese hombre, los treinta mil francos irán de prisa; y cuando hayan volado, ¿qué vá usted á hacer?

VALENT. Tengo mi marido, el cual no podrá ménos de señalarme una pensión; y si no hay otro recurso, me resignaré á volver á su lado.

OLIVIER. ¡Hé aquí un marido con suerte! De seguro que en este instante se encuentra muy ajeno de la felicidad que le espera! Pero, ¿y si rechazara esa combinación?

VALENT. ¡Imposible! No estamos separados judicialmente. Por otra parte, no puede desear él otra cosa mejor; cada dia se encuentra más enamorado de mí. Pero volviendo á lo que refería, ¿en dónde más estuve hoy? ¡Ah, sí! He pasado por los Campos Elíseos, y por cierto que había infinidad de gente! ¡Cuántas personas conocidas! ¡Cuántos amigos! Bonchamp, el conde de Bryade, el señor de Casavaux... He invitado á los tres á tomar té en mi casa mañana: ¿será usted de los nuestros?

OLIVIER. No, gracias.

VALENT. He ido á buscar un palco para esta noche, una platea, y á pagar á mi modista su última cuenta. La dejo porque no trabaja más que para las actrices... Y hé aquí mi historia...

OLIVIER. (Mirándola.) ¡Pobre mujer!

VALENT. ¿Qué dice usted?

OLIVIER. Nada, que le tengo á usted lástima.

VALENT. ¿Por qué?

OLIVIER. Porque es usted digna de compasión. Si usted no lo

entiende, no perderé el tiempo en explicárselo.

VALENT. ¡Á propósito! Ya sabía yo que tenía algo que preguntarle á usted.

OLIVIER. ¿Qué es lo que quiere usted saber?

VALENT. ¿Tiene usted noticias de la señora D'Ange?

OLIVIER. ¿Yo?...

VALENT. ¿No le ha escrito á usted desde Báden?

OLIVIER. No.

VALENT. ¿Y es á mí á quien dice usted eso, á mí, que... (Rie.) ¡Já, já!...

OLIVIER. ¿Á usted, qué?...

VALENT. Era yo la que echaba su correspondencia al correo. Pero sé guardar una confianza. Vea usted, aunque parezca tan loca. Le escribía á usted cartas deliciosas! (Rie.) ¡Já, já!

OLIVIER. ¿Por qué se ríe usted?

VALENT. Porque usted finge discreción conmigo, y yo sé mucho más que usted.

OLIVIER. Pues bien, no he recibido noticias suyas desde hace quince dias.

VALENT. Precisamente: desde que me separé yo de ella.

OLIVIER. Y á usted, ¿no le ha escrito tampoco?

VALENT. No le gusta escribir. (Rie.) ¡Já, já, já!

VIZC. Es usted muy habladora. ¡Vámonos ya!

VALENT. (Á la Vizcondesa.) Si usted quiere, la llevaré á ver mi cuarto.

VIZC. Con mucho gusto; no tengo nada que hacer.

VALENT. (Á Olivier.) Venga usted con nosotras y nos aconsejará sobre las colgaduras.

OLIVIER. No puedo salir, aguardo gente.

VALENT. ¿Á quién?

OLIVIER. Á uno de mis amigos.

VALENT. ¿Cómo se llama?

OLIVIER. ¿Qué interés tiene usted en saberlo?

VALENT. Ninguno: la curiosidad...

OLIVIER. Se llama Hipólito Richond. ¿Le conoce usted?

VALENT. (Turbada.) ¿Yo?... ¡No!

VIZC. ¿Es casado?

OLIVIER. Sí, no sirve para novio.

VALENT. ¿Conoce usted á su mujer?

OLIVIER. Y también á su hijo.

VALENT. (Asombrada.) ¿Tiene un hijo?

OLIVIER. Un hijo de cinco ó seis años. ¿De qué se asombra usted, puesto que no le conoce?

VALENT. ¿Y dónde vive ese señor Richond?

OLIVIER. En la calle de Lille, número siete. ¿Quiere usted verle? Aguárdese usted un poco y yo se lo presentaré.

VALENT. No, muchas gracias por el ofrecimiento.

OLIVIER. Pero ¿qué tiene usted?

VALENT. Nada, ¡adios!....

CRIADO. (Anunciando.) El señor Hipólito Richond.

OLIVIER. (Á Valentina.) ¿Se lo presento?

VALENT. No hay para qué. (Se baja el velo del sombrero, pasa delante de Hipólito, volviendo la cabeza, y sale con la Vizcondesa.)

ESCENA III.

HIPÓLITO, OLIVIER.

OLIVIER. ¿Cómo te va?

HIPOL. Muy bien; ¿y á tí?

OLIVIER. Perfectamente! ¿Y tu mujer?

HIPOL. Todos están buenos. ¿Quién es esa señora del velo echado?

OLIVIER. Se titula la señora de Santís.

HIPOL. ¡Valentina!

OLIVIER. ¿La conoces?

HIPOL. Personalmente, no; pero he conocido mucho á su marido.

OLIVIER. ¿Luego es realmente casada?

HIPOL. Todo lo casada que puede ser.

OLIVIER. ¡Ah! No lo creía. Pues sostiene que su marido es muy culpable.

HIPOL. Su culpa mayor fué casarse con ella.

OLIVIER. Lo creo.

HIPOL. ¿La tratas mucho?

OLIVIER. Poco. Hoy vino á mi casa en busca de esa otra señora con quien la has visto salir. Y por cierto que Valentina se turbó al oir tu nombre, aunque asegura que no te conoce.

HIPOL. No nos hemos hablado nunca; pero debe saber que estoy al corriente de toda su vida.

OLIVIER. ¿Dónde para el señor de Santís?...

HIPOL. Su marido no se llama Santís. Ese apellido es el de la madre de Valentina, apellido que ha tomado desde su separación, por haberle prohibido su esposo que llevase el suyo.

OLIVIER. ¿Por qué causa le prohibió llevar su nombre?

HIPOL. Porque no le deshonrase. Esa mujer había pagado los beneficios que recibió de su esposo, con el engaño y la infidelidad. ¿Quién es esa señora mayor que salió de aquí?

OLIVIER. La Vizcondesa de Vernieres: un resto de mujer de calidad, á quien la pasión por el lujo y los placeres ha arrastrado poco á poco hasta otra sociedad más adecuada y favorable para su actual situación. Tiene una sobrina muy bonita, con cuyo matrimonio cuenta para restaurar sus blasones; pero aun no ha encontrado el marido que busca.

HIPOL. Vamos á lo que importa. Me has escrito que tenías que pedirme un favor. Te escucho.

OLIVIER. ¿Qué hora es?

HIPOL. (Mirando su reloj.) Las dos.

OLIVIER. (Toca un timbrre.) Entónces, para que podamos hablar tranquilos, permíteme que termine un asunto.

HIPOL. No te apresures: tengo tiempo de sobra. (Entra el criado.)

OLIVIER. (Al criado, entregándole una carta.) Lleva esta carta al señor Conde de Lornan. Ya sabes su casa. Sí no estuviese en ella, dí que se la entreguen á la señora Con-

desa. (Sale el Criado.)

HIPOL. ¿Escribes cartas, que pueden servir indistintamente para los maridos y para sus mujeres?

OLIVIER. No: escribo una carta, que no debe leer más que la Condesa; pero para no comprometerla, se la dirijo al marido.

HIPOL. ¿Y si se la entregan al marido?

OLIVIER. ¡Simple! El Conde está en el campo.

HIPOL. ¡Sabes que ese recurso tuyo es muy ingenioso! No me ocurrió jamás.

OLIVIER. Te lo regalo si lo necesitas. Hoy es la primera y la última vez que me valgo de él, y sólo por el bien de la dama.

HIPOL. ¿Estás seguro?

OLIVIER. Hé aqui la historia, que es sencillísima; y al no ocultarte el nombre de las personas, comprenderás que el marido no tiene nada que temer de su mujer, ni esta de mí. El otoño pasado... estación peligrosa, sobre todo en el campo, donde la soledad dá cierto vuelo á la imaginación, me presentaron á la Condesa de Lornan que pasaba el mes de Octubre en la casa de campo de la madre de mi amigo Maucroix, de quien tenemos que hablar en seguida. Es la Condesa una dama distinguida, rubia, poética; el marido estaba ausente, yo tenía ocasion de hablar libremente con ella á todas horas, me creí enamorado, y anhelé ser correspondido. De vuelta á París, me presenta la Condesa á su esposo...

HIPOL. ¿Un imbécil?

OLIVIER. Un hombre excelente, encantador, que se aficiona de mí y yo de él, tanto, que al cabo de quince dias éramos verdaderos y cariñosos amigos. Desde entonces no he vuelto á pensar en la Condesa para nada; y no por estar seguro, como lo estoy, de que no alcanzaré jamás ninguna esperanza, pues es muy virtuosa; pero como no conoce el disimulo, ni el engaño, ni las intrigas, y...

HIPOL. Adelante.

OLIVIER. Pues bien, herido su amor propio con mi desvío, cree que me he burlado de ella, y me escribió ayer que su marido se ha marchado por algunos dias, y que me espera hoy en su casa para tener una explicación conmigo. He quemado su carta, y para evitar una entrevista tan embarazosa, le contesto que deseo (y así es la verdad) ser su amigo, y que el mucho amor que la profeso no me ciega, ni me arrastrará á dar ningun paso que pueda comprometer, aun aparentemente, su virtud y su honra. Se enojará, acaso llegue á odiarme, ¿pero qué importa? ya es algo salvar el honor de una mujer...

HIPOL. ¡Vaya, que es valeroso lo que has hecho!

OLIVIER. Lo he hecho sin segunda intención, te lo juro. Sea que he vivido ya demasiado, ó que quiero ser verdadero hombre de bien, estoy resuelto á no cometer esas infamias que se disculpan con el amor. Ir á casa de un hombre, estrechar su mano, llamarle amigo, y robarle su honra, es un delito que no tiene disculpa. Tanto peor para los que no piensen como yo: todo eso es vergonzoso, repugnante, inícuo.

HIPOL. ¡Te encuentro admirable!

OLIVIER. ¿No crees que tengo razón?

HIPOL. Lo que creo es que estás enamorado de otra mujer.

OLIVIER. ¡Excéptico!

HIPOL. Confiésalo.

OLIVIER. Pues bien, lo confieso: amo á otra mujer; pero...

HIPOL. Ya decía yo. «Cuando este calavera se las echa de casto José, sus razones tendrá para ello.» ¿Y conozco yo á la bella?

OLIVIER. Creo que no: se fué á tomar baños antes de tu llegada á París.

HIPOL. ¿Cómo se llama?

OLIVIER. Es una mujer de viso y debo callar su nombre.

HIPOL. ¡Conque una dama principal!

OLIVIER. Ella lo dice. Por lo demás, es libre, pasa por viuda, cuenta veinte y ocho años, se viste con suma elegan-

cia, tiene talento y chispa, sabe guardar las apariencias, no se apura por lo presente ni por lo porvenir, puesto que es de aquellas mujeres que preveen todas las eventualidades en sus relaciones. Así pues, yo me ligué á ella enamorado; pero como el viajero que no teniendo prisa, toma la diligencia en lugar del tren, porque es más divertido y se para uno cuando quiere.

HIPOL. ¿Hace mucho que caminas de ese modo?

OLIVIER. Seis meses.

HIPOL. ¿Y cuánto durará el viaje?

OLIVIER. Tanto como ella quiera.

HIPOL. Hasta que te cases.

OLIVIER. No me casaré nunca.

HIPOL. Así se dice, y el mejor dia...

CRIADO. (Entrando.) Señor...

OLIVIER. ¿Qué hay?

CRIADO. (Bajo.) Ahí está la señora que se fué á tomar baños.

OLIVIER. (Indicándole la habitación de al lado.) Hazla entrar allí. (Sale el Criado.)

HIPOL. ¿Es ella?

OLIVIER. Justamente.

HIPOL. Me voy.

OLIVIER. ¿Cuando te volveré á ver?

HIPOL. Cuando gustes.

OLIVIER. Pero dime...

HIPOL. ¿Qué?

OLIVIER. ¿Te vas así?

HIPOL. ¿Cómo quieres que me vaya?

OLIVIER. ¿Y Maucroix? De todo hemos hablado ménos de su asunto.

HIPOL. Es verdad, le hemos olvidado. Somos unos majaderos.

OLIVIER. Hazme el obsequio de hablar en singular.

HIPOL. Pues bien: ¡qué majadero eres!

OLIVIER. Y tú, qué chistoso!

HIPOL. Gracias.

OLIVIER. Vamos al asunto. Se trata de que Maucroix tuvo unas

palabras en el juego con un tal Latour en casa de esa señora de Vernieres. Latour me envía un padrino nada más, y al ver que sólo tengo que entenderme con una persona, creo que la cosa puede arreglarse; pero si no hay avenencia, será necesaria nueva entrevista con dos padrinos por cada parte, y entonces cuento contigo. La segunda reunión deberá efectuarse esta noche para concluir cuanto antes. ¿Dónde te encontraré si te necesito?

HIPOL. En mi casa hasta la seis; y de seis á ocho en el café Inglés, dónde, si tú quieres, comeremos juntos.

OLIVIER. Convenido; ven á buscarme á la seis: es camino para tí. (Váse Hipólito.)

ESCENA IV.

OLIVIER, SUSANA.

Olivier va á la puerta de al lado, que abre mientras la del fondo se cierra.

OLIVIER. ¡Cómo! ¿eres tú? (Le tiende una mano.)

SUSANA. Yo soy. (Tomándola y sonriendo.)

OLIVIER. Te creía muerta.

SUSANA. Pues estoy viva, y muy buena.

OLIVIER. Lo celebro. ¿Cuándo has llegado de Báden?

SUSANA. Hace ocho dias.

OLIVIER. ¿Ocho dias?

SUSANA. Sí.

OLIVIER. ¡Vaya!, ¡vaya! Y ¿por qué no te has dejado ver hasta ahora? Debe ocurrir para ello algo de particular.

SUSANA. Puede ser. (Pausa.) Tienes mucha penetración y mucho ingenio.

OLIVIER. Sobre todo desde tu vuelta.

SUSANA. Eso es casi un complimiento.

OLIVIER. Casi.

SUSANA. Tanto mejor.

OLIVIER. ¿Por qué?

SUSANA. Porque viniendo de Báden, no disgusta conversar.

OLIVIER. ¿Es que no se habla en Báden?

SUSANA. Cuanto se puede.

OLIVIER. Por eso vuelves con poca necesidad de conversación, como lo prueba que has regresado hace ocho dias, y no te veo hasta hoy.

SUSANA. Me quedé en el campo, y acabo de llegar á París sin que nadie lo sepa. Deciamos que eres hombre de ingénio.

OLIVIER. Bien, ¿y qué? al grano. No me falta entendimiento.

SUSANA. Veámoslo.

OLIVIER. ¿Á dónde vas á parar?

SUSANA. ¡Dios mio! Á una sola pregunta. ¿Quieres casarte conmigo?

OLIVIER. ¿Contigo!

SUSANA. Suprime los aspavientos, aunque no sea más que por cortesía. ¿Quieres casarte conmigo? ¿Sí ó nó?

OLIVIER. ¡Vaya una idea!

SUSANA. ¿No quieres? pues no hablemos de ello. Entonces, mi querido Olivier, sólo tengo que añadirte que no nos volveremos á ver más. Me ausento.

OLIVIER. ¿Por mucho tiempo?

SUSANA. Por mucho.

OLIVIER. ¿Y vás?

SUSANA. Muy léjos.

OLIVIER. Es extraño.

SUSANA. Nada más natural. ¡Son tantos los que viajan! Si nó, ¿de qué servirían los trenes, los coches, los buques...

OLIVIER. Cierto... ¿Y yó?

SUSANA. ¿Tú?

OLIVIER. Sí.

SUSANA. ¿Tú?... Supongo que te quedarás en París.

OLIVIER. ¡Ah!

SUSANA. Á no ser que quieras marchar también.

OLIVIER. ¿Contigo?

SUSANA. ¡Oh! nó.

OLIVIER. Entonces ¿ha concluido nuestro...

SUSANA. ¿Qué?

OLIVIER. Nuestro amor.

SUSANA. ¿Pero nos hemos amado alguna vez?

OLIVIER. Yo he creido que sí.

SUSANA. Yo también he hecho lo posible por creerlo.

OLIVIER. ¿De verdad!

SUSANA. He pasado mi vida queriendo amar; pero hasta ahora me ha sido imposible.

OLIVIER. Gracias por mi parte.

SUSANA. No eres tú sólo á quien me refiero.

OLIVIER. Entonces, gracias en nombre de todos.

SUSANA. Sin embargo, te confieso que tu persona me ha interesado hasta el punto de irme á Báden, no tanto para bañarme, como para conocer todo el valor de mis sentimientos. He querido probar si podía pasarme sin tí.

OLIVIER. ¿Y bien?

SUSANA. No lo he pasado del todo mal. Te quedaste en París; tus cartas, aunque muy poéticas, no conmovieron mi corazón, y á los quince dias despues de mi marcha, me eras de todo punto indiferente.

OLIVIER. Tus discursos tienen una condición admirable: la claridad.

SUSANA. He regresado con el propósito de no venir á verte, y esperar que la casualidad nos reuniese para tener esta explicación; pero he reflexionado después, que, siendo ambos personas sensatas, en vez de prolongar la situación falsa y difícil en que nos encontramos, es más digno resolver inmediatamente la dificultad, y vengo á preguntarte si quieres convertir el... imaginario amor de nuestras relaciones. en una amistad verdadera...

OLIVIER. ¡Já! ¡já! (Rie.)

SUSANA. ¿Por qué te ries?

OLIVIER. Me rio al recordar que acabo de escribir una carta en que, salva la forma, proponía lo mismo á...

SUSANA. ¿Á una mujer?

OLIVIER. Sí.

SUSANA. ¿Á la hermosa Carlota de Lornan?

OLIVIER. No conozco á esa señora.

SUSANA. Durante la semana anterior á mi ida á los baños, observé que me visitabas con ménos frecuencia y regularidad; te lo advertí, y sospechando que tus disculpas ocultaban algun misterio de amor, un dia que te separaste de mí con pretexto de buscar á cierto amigo, te seguí hasta la casa donde fuíste; gratifiqué al portero, y supe que allí vivía la señora de Lornan, y que tú la visitabas diariamente. Hice cuanto pude por tener celos; pero no los tuve, y con esto empecé á comprender que no te quería.

OLIVIER. ¿Y cómo no me has hablado antes de la señora de Lornan?

SUSANA. Porque dándome por entendida, hubiera tenido que obligarte á elegir á una de las dos, con seguridad de no ser preferida, porque ella al fin es capricho nuevo, y mi amor propio se resistía á sufrir el desaire.

OLIVIER. Pues bien, te engañas: iba en efecto á casa de esa señora; pero no era ni será nunca para mí más que una amiga.

SUSANA. Puedes ser su amigo ó su amante: nada me importa. Yo sólo deseo tu amistad. ¿Me la concedes?

OLIVIER. ¿Para qué, alejándote de mí?

SUSANA. Por eso mismo. Los verdaderos amigos son más útiles y más preciosos de léjos que de cerca.

OLIVIER. Díme la verdad toda.

SUSANA. ¿Cuál?

OLIVIER. ¿Por qué te ausentas?

SUSANA. Por ausentarme.

OLIVIER. Y nada más?

SUSANA. Nada más.

OLIVIER. Entonces, quédate.

SUSANA. Nó. Hay razones para que no me quede.

OLIVIER. ¿Quieres hacer el favor de decírmelas?

SUSANA. Pedir un favor en cambio de la amistad, es venderla.

OLIVIER. No lo niego: me rindo á la fuerza de tu lógica. Y ¿dónde piensas permanecer hasta la partida?

SUSANA. En el campo. Sé que el campo te aburre, y por eso n te invito á venir.

OLIVIER. Muy bien. Con una despedida tan... afectuosa y atenta, mi papel de amigo no será difícil de llenar.

SUSANA. Más de lo que crees. No es amistad ese especie de lazo con que todos los amantes, por tradición vulgar y ridícula, y despues de muchos ofrecimientos, suponen quedar unidos cuando terminan sus relaciones. Semejantes ofertas no son otra cosa que el último adios á todo afecto, y un tratado de indiferencia recíproca. Yo quiero una amistad inteligente, activa, protectora, y sobre todo discreta. Tal vez no se te presente más que una ocasión brevísima en que probarme esa amistad; pero lo que entonces hagas por mí, me bastará para creer en ella. ¿Está convenido?

OLIVIER. Convenido.

CRIADO. (Apareciendo.) El señor de Nanjac pregunta si puede usted recibirle. He aquí su tarjeta; viene de parte del señor Conde de Latour.

OLIVIER. Es verdad. Soy con él en seguida.

SUSANA. (Al criado.) Espere usted. Veamos la tarjeta.

OLIVIER. Aquí está.

SUSANA. (¡El mismo!) ¿Es amigo tuyo el señor de Nanjac?

OLIVIER. No lo he visto nunca.

SUSANA. ¿Cómo viene aquí?

OLIVIER. Como padrino del señor de Latour, que ha tenido cierta cuestión con un amigo mio.

SUSANA. ¿Por dónde salir sin ser vista?

OLIVIER. Demasiado lo sabes. ¡Qué agitación! ¿Conoces por ventura al señor de Nanjac?

SUSANA. Me lo presentarón en Báden, y le he hablado dos ó tres veces.

OLIVIER. ¡Ah!... Creo que me quemo, como dicen los niño cuando juegan. ¿El señor de Nanjac... es?...

SUSANA. Sueñas.

OLIVIER. ¡Hum!

SUSANA. Puesto que tienes empeño en que me vea en esta casa

el señor de Naujac, hazle entrar inmediatamente.

OLIVIER. De ningun modo.

SUSANA. (Recobrando su sangre fria.) Sí. (Al criado.) Que entre. Es mejor.

OLIVIER. No comprendo...

CRIADO. (Anunciando.) El señor Raimundo de Nanjac.

ESCENA V.

LOS MISMOS, RAIMUNDO.

OLIVIER. (Yendo hácia él.) Dispense usted que le haya hecho esperar. (Raimundo se inclina, despues mira á Susana con asombro y emoción.)

SUSANA. ¿Ya no me conoce usted, señor de Nanjac?

RAIM. Estaba tan ajeno de encontrarla aquí, que he dudado...

SUSANA. ¿Cuándo llegó usted de Báden?

RAIM. Anteayer, y contaba con tener el grato honor de hacer á usted hoy mismo una visita; mas es posible que me lo impidan sucesos que estaba muy lejos de esperar.

SUSANA. Siempre que le agrade á usted visitarme, le recibiré con sumo gusto. Adios, caro Olivier, no olvide usted lo que hemos convenido.

OLIVIER. Ahora ménos que nunca.

SUSANA. (Á Raimundo.) Adios, caballero; espero que nos volveremos á ver. (Váse.)

ESCENA VI.

OLIVIER y RAIMUNDO.

OLIVIER. Estoy á las órdenes de usted. (Le indica una silla.)

RAIM. (Sentándose y con sequedad.) Caballero, el asunto es muy sencillo. Mi amigo, el señor de Latour...

OLIVIER. Perdone usted si le interrumpo. ¿El señor de Latour es amigo de usted?

RAIM. Si señor. ¿Por qué me lo pregunta?

OLIVIER. Por nada. Continúe usted.

RAIM. Continúo. Mi amigo el señor de Latour y yo fuimos antes de anoche á casa de la Vizcondesa de Vernieres; mi amigo se puso á jugar, y el señor de Maucroix era mano. Creo que es así como dicen; pues ignoro las expresiones técnicas: no he jugado nunca.

OLIVIER. Así se dice.

RAIM. Habia veinte y cinco luises sobre la mesa, y el señor de Latour envidó el resto; pero encontrándose sin dinero, porque venía perdiendo toda la noche, advirtió que jugaba sobre su palabra. Al oir esto el señor de Maucroix, que iba á volver las cartas, se levantó entregándoselas al vecino de la derecha, y diciendo «paso;» con lo cual dió á entender que no aceptaba como dinero la palabra del señor de Latour. Este se consideró ofendido, pidió explicaciones, contestándole el señor de Maucroix que no era aquel sitio lugar conveniente para darlas, y que usted le representaría. El señor de Latour me suplicó que tomase á mi cargo pedir á usted las satisfacciones necesarias, puesto que su amigo de usted no quiso entenderse con él, y vengo á cumplir mi obligación como padrino.

OLIVIER. Las explicaciones son muy fáciles de dar, y creo que de todo esto no resultará otra cosa que la honra que á mí me alcanza de haber conocido á usted. Mi amigo Jorge de Maucroix no tuvo intención de ofender al señor de Latour; al pasar, obró dentro de su derecho; hizo lo que todo jugador cuando no quiere arriesgar de una vez lo que ha ganado en varias.

RAIM. El señor de Maucroix debió tomar esa decisión antes de la propuesta del señor de Latour.

OLIVIER. Podía tomarla cuando quisiese, y reflexionó despues que no le convenía admitir el envite.

RAIM. Lo hubiera aceptado de otra persona, estoy seguro, y también del mismo señor de Latour, á poner este el dinero sobre el tapete.

OLIVIER. ¿Quién sabe? Pero permítame usted que le diga que á

nosotros no nos toca discurrir sobre lo que hubiera podido pasar, sino sobre lo que pasó. Yo no veo agravio ninguno para el señor de Latour en todo lo ocurrido.

RAIM. Comprendo que los paisanos juzguen estos asuntos de honra con benevolencia; pero nosotros los militares...

OLIVIER. Perdone usted; mas no sabía que el señor de Latour fuese militar.

RAIM. Pero yo lo soy.

OLIVIER. Le advertiré á usted que aquí no se trata ni de usted ni de mí, sino de los señores de Latour y de Maucroix, que no son militares.

RAIM. Desde el momento en que el señor de Latour me nombró para representarle, trato la cuestión como si me perteneciese personalmente, como si yo fuera el agraviado.

OLIVIER. Dispénseme usted si le advierto que padece un error. Convengo en que los padrinos deben ser tan fieles guardadores del honor de sus ahijados como del suyo propio; pero su primera obligación es ser imparciales, examinar las cuestiones que se ventilen con espíritu sereno, y si es posible conciliador. De esta manera solamente quedará tranquila su conciencia, si llega á suceder una desgracia. Y créame usted, no hay dos clases de honor, una para el uniforme militar, y otra para la levita que yo llevo. El corazón es el mismo, bajo uno ú otro traje. Además, la vida es cosa bastante séria para que no se trate de ella con formalidad, y únicamente cuando no es posible otro recurso honrado y digno, deben llevarse dos hombres al terreno de las armas. (Levantándose.) Si usted quiere, tendremos otra entrevista; porque me parece que hoy, hablándole con franqueza, se encuentra su ánimo de usted algo excitado por algun motivo que ignoro; á ménos que sea yo la causa de su disgusto, y que en vez de apadrinar á otros, necesitemos que nos apadrinen.

RAIM. (Cambiando de tono.) Tiene usted razón, un motivo personalísimo es el que me ha hecho hablar así. Escúse-

me usted, y permítame al mismo tiempo que le hable con el corazón en la mano.

OLIVIER. Hable usted.

RAIM. Soy muy franco, y con franqueza militar voy á pedirle á usted que la tenga conmigo.

OLIVIER. Veamos.

RAIM. Hay entre nosotros, por la edad y los sentimientos, tanta asimilación, que á no vivir yo hace diez años en África, como viven los leones del desierto, nos hubiéramos conocido antes y seríamos amigos. ¿No lo cree usted así?

OLIVIER. Principio á creerlo.

RAIM. Confieso que me he dejado llevar del resentimiento y mal humor, que merezco la cortés lección que acaba usted de darme, y que á tropezar con otro carácter tan inconsiderado como el mio, usted y yo estaríamos á punto de andar á estocadas. Autoríceme usted para dirigirle ciertas preguntas que sólo un verdadero amigo podría hacerle, y juro á usted que cuanto me diga morirá dentro de mi pecho.

OLIVIER. Pregúnteme usted.

RAIM. Gracias, porque esta conversación puede influir sobre toda mi vida.

OLIVIER. Escucho.

RAIM. ¿Cómo se llama la persona que estaba aquí cuando yo entré?

OLIVIER. La señora Baronesa D'Ange.

RAIM. ¿Es mujer de alto rango?

OLIVIER. Sí.

RAIM. ¿Viuda?

OLIVIER. Viuda.

RAIM. ¿Qué relaciones... (Y aseguro á usted bajo mi palabra de honor, que si me hiciese esta pregunta, le contestaría): ¿qué relaciones existen entre ella y usted?

OLIVIER. (Despues de una pausa.) Relaciones de amistad.

RAIM. ¿No es usted más que su amigo?

OLIVIER. (Acentuando el soy.) No soy más que su amigo.

RAIM. Gracias. Otra pregunta y concluyo. ¿Cómo es que se hallaba la señora D'Ange en su casa de usted? El título de amiga, solamente...

OLIVIER. No autoriza á una señora para visitar á un hombre soltero? ¿Por qué nó, cuando media antiguo trato, y la visita es un mero cumplimiento de cortesía? Nada tenía que ocultar la señora D'Ange al venir á mi casa, como lo prueba que pudo salir por aquella puerta sin ser vista, y ha preferido saludar á usted.

RAIM. Es verdad. Señor de Jalin, yo necesitaba esta explicación con más interés de lo que usted puede imaginarse; le debo un gran bién y no quiero callarle nada. Soy oficial del ejército de África, me hirieron gravemente hace algunos meses, y tuve que pedir licencia para atender al restablecimiento de mi salud: llegué hace quince dias de Báden; allí ví y traté á la señora D'Ange, y su figura y su trato me produjeron tal impresión, que la he seguido á París y estoy locamente enamorado de ella. Indudablemente conoce mi inclinación, pero no la ha alentado de ningun modo, y como es jóven y bella, y en los baños hacía una vida intachable, llegué á sospechar que estaba enamorada de algun ausente. Ya comprenderá usted mi emoción, mi asombro, al encontrarla de repente en casa de usted, mis suposiciones, mis temores tan naturales y mi disgusto, que han disipado sus palabras de usted. Espero volverle á ver; cuénteme usted desde luégo en el número de sus amigos, y si en cualquiera ocasión puedo serle útil en algo, disponga de mí.

OLIVIER. He dicho á usted cuanto debía decirle, y le deseo buena suerte.

RAIM. Por lo que toca al asunto de nuestros apadrinados, creo que puede arreglarse.

OLIVIER. Ese es mi parecer.

RAIM. Redactaremos un acta sencilla, donde conste nuestra opinión y conformidad; y así que la vean, todo quedará acabado.

OLIVIER. Perfectamente. Hasta mañana que tendré el gusto de pasar por su casa á esta hora, si á usted le parece.

RAIM. Bien. El gusto será para mí. Hasta mañana. (Se estrechan las manos. Raimundo sale.)

ESCENA VII.

OLIVIER, HIPÓLITO.

HIPOL. (Abriendo la puerta.) ¿Se puede?

OLIVIER. (Saludando por última vez á Raimundo, desde el fondo dice aparte.) ¡Pobre muchacho!

HIPOL. ¿Qué pasa?

OLIVIER. Una larga série de acontecimientos que deben traer cola.

HIPOL. ¿Y el asunto del señor de Maucroix?

OLIVIER. Terminado.

HIPOL. Tanto mejor... ¿Y la señora que acaba de llegar de los baños? ¿Tan fresquita, eh?

OLIVIER. Todos mis planes se desmoronan. ¿Qué remedio? El hombre propone...

HIPOL. Y la mujer dispone. La mujer ó el diablo: es lo mismo. ¿De manera que aquél viaje de recreo terminó?

OLIVIER. Así parece.

HIPOL. Pues á mí también me sucede algo nuevo.

OLIVIER. ¿El qué?

HIPOL. Acabo de recibir una invitación que dice sobre poco más ó ménos: «La señora Vizcondesa de Verniers suplica al señor Hipólito Richond que le dispense la honra de venir á pasar la noche del miércoles próximo en esta su casa»... Siguen las señas. Pero ¿á que no adivinas lo que había escrito debajo?

OLIVIER. Nó.

HIPOL. «Mil recuerdos de parte de la señora de Santís.» Esta señora quiere hablarme sin duda de su marido.

OLIVIER. ¿Y qué has contestado?

HIPOL. Nada aún, pero iré.

OLIVIER. Y yo contigo.

HIPOL. ¿Estás invitado también?

OLIVIER. Siempre está uno convidado para concurrir á esa reunión; y como sospecho que quieren urdir en ella cierta intriguilla, sin que yo me entere, voy á enterarme. ¿Tienes apetito?

HIPOL. ¡Oh! Sí.

OLIVIER. Entónces, vamos á comer.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Sala en casa de la Vizcondesa de Vernieres.

ESCENA PRIMERA.

LA VIZCONDESA, UN CRIADO, despues SUSANA.

VIZC. (Al Criado.) Que enciendan en mi tocador.

CRIADO. (Al llegar á la puerta se detiene y anuncia.) La señora Baronesa D'Ange (Váse.)

SUSANA. No he llegado antes mi querida Vizcondesa como era mi deseo, porque cuando se habita en el campo es imposible la exactitud. Además, he tenido que vestirme aquí, en mi casa de Paris, donde todo anda manga por hombro; pero ya se arreglará.

VIZC. No ha tardado usted mucho.

SUSANA. Siempre se llega tarde cuando se viene á prestar un servicio. Desde que recibí su carta de usted no he tenido sosiego.

VIZC. ¡Cuánta amabilidad! Pues mire usted temía al escribir que pudiera molestarle mi indiscreción.

SUSANA. Entre amigas no puede haber molestias. Hoy por tí y mañana por mí. Aquí tiene usted lo que me ha pedi-

do. (Le dá un billete de Banco.) Si no fuese bastante...

VIZC. Gracias: me bastará. He recurrido á usted porque necesitaba hoy mismo esta suma.

SUSANA. ¿Y por qué no me la pidió usted ayer?

VIZC. Porque había prometido habilitarme el Agente de negocios de la señora de Santís, y salimos ahora con que no quiere adelantarme un cuarto. Valentina se encuentra también atrasadilla, y no era ocasión de acudir á su bolsillo. Figúrese usted cuál habrá sido mi apuro al saber... (ya puedo decirlo) que de no pagar hoy, mañana vendrán á embargarme; y aun cuando todo esté á cubierto, no debía consentir el escándalo.

SUSANA. Tiene usted razón; es preciso pagar esta noche misma al acreedor que la persigue.

VIZC. Son dos.

SUSANA. Entónces á los acreedores que la persiguen.

VIZC. Voy á enviar á mi doncella.

SUSANA. No conviene enterar á los criados de esas cosas.

VIZC. Pero yo no puedo esperar hasta mañana. Esos hombres son capaces de allanar mi casa al amanecer.

SUSANA. Vaya usted misma.

VIZC. ¿Y mis convidados?

SUSANA. Espero que vuelva usted á tiempo; y si nó, yo haré los honores por usted. ¿Quién debe venir?

VIZC. Estaremos, además de usted, yo y mi sobrina, la señora de Santís, un señor Richond, amigo de su marido, á quien Valentina ha querido que convide, el Marqués de Thonnerins, los señores de Maucroix y de Latour (dado que no lo impida la cuestión que tuvieron), el señor de Nanjac... ¡Oh! ¡Si Marcela pudiese pescarle sería mi salvación! Cuento con su ayuda de usted para arreglar esta boda.

SUSANA. ¿No ha invitado usted al señor de Jalin?

VIZC. No concurre nunca.

SUSANA. ¿Vendrá el Marqués de Thonnerins?

VIZC. Creo que sí, cuando no ha contestado.

SUSANA. Pues no se detenga usted. Hay que despachar lo más

pronto posible el asunto de sus acreedores. Aquí espero yo.

VIZC. Tomo un coche y estoy de vuelta en seguida. Si á usted no le hace falta, se vendrá conmigo Marcela.

SUSANA. Llévesela usted.

CRIADO. (Anunciando.) El señor Marqués de Thonnerins. (Váse.)

SUSANA. Esperaré á usted charlando con el Marqués.

VIZC. Pues, me escurro; si lo recibiese, no tendría medio de escapar. Háblele usted de Marcela y del señor de Nanjac por si puede sernos útil. (Váse y entra el Marqués por otra puerta.)

ESCENA II.

SUSANA y el MARQUÉS.

MARQ. ¿Quién huye?

SUSANA. La dueña de la casa que tiene precisión de salir; pero que volverá al instante.

MARQ. Aunque vuelva pronto, es probable que no la vea.

SUSANA. ¿No pasa usted la noche con nosotras?

MARQ. No, tengo poco tiempo disponible. Mi hija ha vuelto del campo, y debo llevarla esta noche á casa de mi hermano. Á no ser por su carta de usted, no hubiera venido aquí.

SUSANA. Necesitaba hablar con usted, y como vivo en el campo, no he querido abusar de su bondad, haciéndole ir allá.

MARQ. ¿Qué tenía usted que decirme?

SUSANA. Me ha asegurado usted en distintas ocasiones, que siempre que lo necesitase le encontraría dispuesto á servirme.

MARQ. Y lo repito.

SUSANA. Pero con tono tan frio ahora, que no sé si será indiscreción contar con su promesa.

MARQ. No creo que le haya dejado de cumplir á usted nunca lo que le he prometido. Y ese tono, que á usted le

parece poco animado, es el que corresponde á mi edad; pues no hay nada tan ridículo, como un viejo con pretensiones de mozalvete. Soy viejo; pero un viejo resignado, y que se considera dichoso cuando puede ser útil á los que le han complacido de algun modo, aguantando sus impertinencias y teniendo la generosidad de ocultarle su fastidio.

SUSANA. Entonces contestaré á usted en el mismo tono. Señor Marqués, á usted se lo debo todo; puede que el bienhechor lo haya olvidado, pero yo, que soy la favorecida, no lo olvidaré jamás y lo agradeceré eternamente. Acaso debí su protección á un capricho pasajero, más creo haber alcanzado también la dicha de que me honrase usted con algun cariño.

MARQ. ¡Susana!...

SUSANA. Yo no era nada, usted hizo que fuese algo; por usted tengo mi puesto en cierta sociedad, que es una decadencia para las mujeres que vienen de arriba, y un encumbramiento para las que venimos de abajo; pero usted comprenderá fácilmente, que si hubo un tiempo en que yo no hubiera osado pretender esta posición que hoy disfruto, el poseerla no ha podido ménos de despertar en mí ambiciones que son una consecuencia necesaria, inevitable. ¡Oh! sí: porque esta situación mia es insostenible, efímera, y me es forzoso volver á caer en el abismo, ó subir á la cumbre. Anhelo subir, y para mí no hay otro camino que el matrimonio.

MARQ. ¿El matrimonio!

SUSANA. Sí.

MARQ. ¡Es mucha ambición!

SUSANA. No me desanime usted. Comprendo, como usted, que es cosa difícil de lograr, y hasta lo he creido imposible, porque necesito encontrar un hombre bastante confiado para creer en mí, bastante noble para imponerme al mundo, bastante bravo para defenderme, bastante enamorado para darme toda su vida, bastan-

te jóven, bastante distinguido, bastante hermoso, para que pudiera creerse amado, para que yo le amase.

MARQ. ¿Y ha encontrado usted ese marido tan sencillo, tan ilustre, tan gallardo y tan enamorado?

SUSANA. Sí, señor.

MARQ. ¿Bastante jóven para creerse amado?

SUSANA. Bastante jóven para que yo le ame.

MARQ. ¿Le ama usted?

SUSANA. Sí. Nadie manda en su corazón, y yo ménos que nadie. No soy perfecta.

MARQ. ¿Y ese hombre se casará con usted?

SUSANA. No tengo más que decir una palabra, para que me lo proponga.

MARQ. ¿Por qué no la ha dicho usted ya?

SUSANA. Porque quería consultar con usted. Es lo ménos que debo hacer.

MARQ. Muy bien. Pero... ¿está usted segura de que ese hombre tan completo y tan excelente en la apariencia, no es un perdido que conoce su pasado de usted, y creyéndola muy rica, le vende su nombre como último recurso? Esto se ve todos los dias.

SUSANA. El jóven á quien me refiero ha estado fuera de Francia diez años; nada sabe de mi vida pasada, que á saberlo, huiría inmediatamente de mí; tiene veinte ó treinta mil francos de renta; no es capáz de venderse, ni lo necesita, puede comprar; y cuando usted conozca su nombre...

MARQ. Ni quiero, ni debo conocerlo. El interés que usted me inspira, llega hasta el punto de obligarme á desear que se cumplan sus aspiraciones; pero no cuente usted jamás con mi auxilio para tales empresas. Si yo conociera á su amante y fuese persona digna, me vería en la precisión de decirle toda la verdad, puesto que yo no puedo engañar á un hombre honrado.

SUSANA. Comprendo que las gentes honradas se protejan mútuamente, siquiera para defender su honor.

MARQ. ¿Y qué ha resuelto usted?

SUSANA. Partir: es lo más prudente; abandonar mi pátria, alejarme de Europa, si fuese preciso, para no volver nunca. Mas antes de dar ningun paso, necesito mi independencia absoluta, y sobre todo, una fortuna proporcionada á la que posee el que ha de ser mi marido, pues así comprenderá mejor que no me caso por conveniencia de intereses. Usted ha sido mi amparo hasta ahora, ¿quiere usted decirme de qué capital podré disponer, si me conviene realizarlo en pocas horas?

MARQ. Hasta aquí ha tenido usted quince mil francos de renta.

SUSANA. Sí.

MARQ. Que representan un capital de trescientos mil francos, á cinco por ciento.

SUSANA. ¿Y ese capital?...

MARQ. Mi Notario, encargado de sus intereses de usted, le entregará los títulos inmediatamente que se los pida.

SUSANA. Es usted seguramente un modelo de nobleza y de generosidad.

MARQ. Rindo cuentas.

SUSANA. Le deberé á usted hasta la felicidad que espero de otro.

MARQ. Una mujer de ingenio no debe nunca nada á nadie.

SUSANA. Su observación es un reproche muy cortés.

MARQ. No: es un saldo general. (Le besa la mano.) Excúseme usted con la Vizcondesa. (Váse.)

ESCENA III.

SUSANA, CRIADO, despues RAIMUNDO.

CRIADO. (Anunciando.) El señor de Nanjac.

RAIM. Vengo de su casa de usted, donde esperaba que pasaríamos algunos instantes juntos, teniendo además el placer de acompañarla hasta aqui.

SUSANA. Una carta de la señora de Vernieres me ha obligado á venir inmediatamente.

RAIM. No necesita usted excusarse. Era la Vizcondesa con quien hablaba usted cuando he llegado yo?

SUSANA. No: el Marqués de Thonnerins.

RAIM. ¿No tiene una hermana?

SUSANA. La Duquesa de Haubeney.

RAIM. Mi hermana, que es muy amiga suya, se empeña en que ha de presentarme en esa casa; pero no he querido ir. ¿Para qué?

SUSANA. El Marqués tiene una hija encantadora.

RAIM. No me importa nada.

SUSANA. Que posee cuatro ó cinco millones de dote.

RAIM. Me es completamente indiferente, pues no he de solicitar su mano.

SUSANA. ¿Por qué no?

RAIM. ¿Cómo pensar en la señorita de Thonnerins, ni en ninguna otra, despues de conocer á usted y de amarla?

SUSANA. ¡Qué niñería! Apenas me conoce usted.

RAIM. El mismo dia en que se vé por primera vez á la mujer que se ha de amar, se la ama; se la amaba quizás desde mucho antes de haberla encontrado; el amor no se forma con el tiempo y el raciocinio, se siente cuando existe, y si no existe no se siente nunca. ¡Me parece que hace diez años que amo á usted!

SUSANA. Sea; pero si el amor puede no necesitar tiempo para nacer, lo necesita para vivir; y sin creer en la eternidad de los sentimientos súbitos que inspiramos, queremos sin embargo, nosotras las mujeres creer en su duración. Dice usted que me ama, y sabe que dentro de algunas semanas tendrá que irse, acaso para no volver á tratarme. ¿Ha visto usted en mí algo que le autorice para contarme en el número de esas mujeres que tienen caprichos pasajeros? Si le merezco esa opinion, me injuria.

RAIM. Por Dios, señora, ¿qué le dije á usted ayer?

SUSANA. ¡Locuras!... que no quería usted marchar... que deseaba usted que yo fuese su esposa... La noche ha

pasado por medio... y la noche es una excelente consejera.

RAIM. No parto... Hoy mismo he solicitado mi retiro.

SUSANA. ¿Sí?... Pues ¿qué quiere usted que le diga? me parece una demencia; y es posible que se arrepienta usted del sacrificio que acaba de hacer, antes de un año, antes de un mes quizás. Le hablo como verdadera amiga. Yo soy ya casi una vieja para usted: cuento veinte y ocho años, y como á esta edad la mujer es más vieja que un hombre de treinta, á mí me toca tener seso por los dos.

RAIM. ¿Cree usted necesario haber vivido tanto ó cuanto, y haber gastado el corazón con amores vulgares, para ser hombre de juicio? Gracias á Dios, desde la niñez tuve que cumplir útiles y sérios deberes, y una vida siempre activa ha conservado la pureza y la energía de mis sentimientos; pero no soy un niño. ¡Niño era cuando perdí á mi adorada madre! Aquel inmenso dolor me convirtió en hombre de repente. Despues, la vida de los campamentos, donde hay que arrostrar la muerte á todas horas, la falta y el recuerdo tristísimo de los compañeros que vi caer exánimes á mi alrededor, los dias sin término que pasé en aquellas soledades, todo esto ha doblado mi edad. Si no hay otro inconveniente que la juventud para que yo logre el premio que mi amor ambiciona, ámeme usted, Susana, porque soy un viejo.

SUSANA. Si yo le amára, y volviese usted á dudar de mí, como lo hízo cuando me encontró en casa del señor de Jalin, ¿á quién recurría para desengañarle, para luchar contra sus injustas sospechas, contra sus celos, contra sus recriminaciones?

RAIM. Prueba fué de mi amor aquella desconfianza. No hay amor sin celos. ¿Dónde está el hombre, el verdadero amante que mire con indiferencia el más leve motivo de recelo en la conducta de la mujer que ama? El amor vá siempre unido á la estimación.

SUSANA. Es verdad! No hay amor sin celos; y yo misma, aunque me queje de los suyos, los sentiría, los siento quizá, y nada me cautiva tanto en usted como la certeza de que no ha amado nunca. Créame usted, si yo fuese su esposa, desearía ocultar mi felicidad y mi amor á los ojos de todo el mundo; no querría ni aún saber que existe esta sociedad en que vivo, porque está llena de mujeres más bellas y más jóvenes que yo, y me moriría de celos. Para mí, la dicha eterna y verdadera de un matrimonio, exije la soledad.

RAIM. Así pienso yo; así amo á usted, y así quiero ser amado. Partiremos cuando usted quiera, mañana mismo. y no volveremos jamás.

SUSANA. ¡Dios mio! y su hermana de usted, ¿qué diría?

RAIM. Me diría: «Si amas á esa mujer, si ella te ama, si es digna dé tí, hazla tu esposa.»

SUSANA. Pero no me conoce, amigo mio; supone que soy jóven y bella porque usted se lo asegura; ignora que estoy sola en la tierra, y que mi matrimonio vá á separarla de usted, puesto que deberíamos partir. Si ella supiese todo esto, le repetiría á usted los consejos que le acabo de dar, y como usted la quiere, concluirá por creerla!

RAIM. Á mi hermana le es indiferente vivir en una parte ó en otra. Se vendrá con nosotros.

SUSANA. Démela usted á conocer lo más pronto posible; quiero ganar su estimación y su cariño, quiero que desee nuestra unión en vez de consentirla.

RAIM. Así será, porque mi hermana piensa como yo pienso.

SUSANA ¿Y los amigos á quienes irá usted á pedir consejos?

RAIM. No tengo amigos.

SUSANA. El señor de Jalin.

RAIM. Es el único; pero confiese usted que merece serlo por la lealtad de su corazón.

SUSANA. Cierto. Mas la reputación de una mujer está á merced de cualquier enemigo, de cualquier maldiciente, de cualquier envidioso. Supongamos que por uno ú otro

motivo se descompone nuestro proyectado matrimonio, ¿en qué posición tan falsa y ridícula no me encontraría? La reseeva es muy conveniente para los dos; lo cual no impide que si tiene usted alguna queja de mí, se la confíe á su amigo Olivier. Entre tanto procuraremos guardar el secreto. La felicidad es un tesoro que debe ocultarse.

RAIM. ¡Oh! ¡Tiene usted razón! Pero crea usted que áun cuando Olivier merece mi confianza, y le veo con frecuencia, no hemos vuelto á pronunciar siquiera su nombre de usted desde que le traté por primera vez en su casa. Sin embargo, estoy decidido á no hablar de nuestros amores, ni con él, ni con nadie.

SUSANA. Es lo mejor.

RAIM. ¡Cuánto la amo á usted!

SUSANA. Álguien viene.

CRIADO. (Anunciando.) ¡El señor de Jalin! El señor Richond!

SUSANA. (Ap.) (¿Olivier! ¿Á qué viene aquí?...)

ESCENA IV.

LOS MISMOS, HIPÓLITO, OLIVIER.

OLIVIER. ¿Cómo, no está la Vizcondesa? ¡Vaya una manera de recibir!...

SUSANA. La Vizcondesa, salió; pero volverá pronto.

OLIVIER. Encontrándose usted en su lugar, no ha podido elegir mejor representante; y puesto que usted, Baronesa, es la que hace los honores, permítame que le presente á mi amigo Hipólito Richond.

HIPOL. (Saludando.) Señora...

SUSANA. (Lo mismo.) Caballero...

OLIVIER. Y usted, mi querido Raimundo, ¿cómo está desde esta mañana?

RAIM. Muy bien.

SUSANA. (Á Olivier y á Raimundo.) ¡Qué hermoso es ver unidos tan íntimamente á dos personas que sólo se conocen desde hace ocho dias!

OLIVIER. Entre las gentes honradas, mi excelente amiga, existe una predisposición que las une con lazo de aprecio y hasta de verdadera amistad, desde el momento en que se encuentran. Querido Raimundo, le presento á otro de mis buenos amigos (pues ahora tengo dos): al señor Hipólito Richond, que ha viajado mucho, que ha visitado el África y que podrá hablar de ella con usted.

RAIM. ¡Ah! Caballero! ¿Conoce usted ese hermoso país de que tanto mal se dice?... (Se alejan hablando.)

OLIVIER. (Á Susana.) La creía á usted en el campo...

SUSANA. He venido esta noche.

OLIVIER. ¡Ya! ¿Y qué me cuenta usted de nuevo?

SUSANA. Nada absolutamente.

OLIVIER. Entonces, seré yo quien le dé noticias.

SUSANA. Sepamos.

OLIVIER. El señor de Nanjac está enamorado de usted.

SUSANA. Veo que viene usted con gana de broma.

OLIVIER. ¿No le ha dicho á usted nada?...

SUSANA. Nó.

OLIVIER. ¡Oh! ¡es curioso!... pues á mí sí.

SUSANA. Entonces, ha tomado el camino más largo.

OLIVIER. Prepárese usted á recibir una declaración.

SUSANA. Hace usted bien en prevenirme.

OLIVIER. ¿Por qué?

SUSANA. Porque le haré comprender antes de que se declare que perderá el tiempo.

OLIVIER. Luego, ¿no ama usted á Raimundo?

SUSANA. ¿Yo? ¡Vaya una idea!...

OLIVIER. ¿Ni un poquito siquiera?

SUSANA. Ni poco ni mucho.

OLIVIER. Me he engañado bonitamente; y me alegro.

SUSANA. ¿Por qué?

OLIVIER. Ya se lo contaré cuando estemos solos.

SUSANA. Pues tiene que ser pronto, porque ya sabe usted que me marcho.

OLIVIER. Aún no se ha marchado usted.

SUSANA. ¿Quién me detendrá?

OLIVIER. ¡Yo!... Así lo espero.

SUSANA. Cuidado,. porque pediré protección á la señora de Lornan.

OLIVIER. La señora de Lornan no se acuerda de mí. He intentado verla tres veces y ninguna me ha recibido.

SUSANA. ¿Quiere usted que yo vaya y le reconcilie con ella?

OLIVIER. ¿Usted?...

SUSANA. En persona.

OLIVIER. ¿Cree usted que será recibida en aquella casa?

SUSANA. Á mí se me recibe siempre donde quiero. Beso á usted la mano. (Se aleja.)

OLIVIER. (Ap.) Esto parece una amenaza. Nos veremos.

ESCENA V.

LOS MISMOS, la VIZCONDESA, MARCELA.

VIZC. (Al entrar.) Señores, ustedes me dispensarán.

SUSANA. (Á la Vizcondesa.) ¿Qué hay?

VIZC. Todo está arreglado, gracias.

MARC. (Á Susana.) ¿Cómo vamos, señora?

SUSANA. ¿Y usted, mi querida niña?

MARC. ¿Yo? buena; lo cual tiene sus contras, porque cuando una mujer goza de completa salud, nadie se interesa por ella.

SUSANA. Pues las noches de reunión suele usted toser algunas veces.

MARC. Oh! eso no se cuenta. Yo debí coger un constipado cuando vine al mundo, y lo conservo todavía.

VIZC. (Á Hipólito, que le ha sido presentado por Olivier durante el diálogo anterior.) Ha sido usted muy complaciente acudiendo á mi invitación. Yo no tenía derecho á pedirle que honrase mi casa; pero la señora de Santís sabe que es usted amigo de su esposo, y...

HIPOL. Cierto.

VIZC. Desea hablar con usted de un asunto grave.

MARC. ¿No viene el señor de Thonnerins?

SUSANA. Vino y se marchó en seguida, encargándome que le disculpase, pues su hermana recibe esta noche también.

MARC. ¡Cuánto siento no verle!

VIZC. Apropósito, señor de Nanjac, ¿no me prometió usted traer á su hermana?

RAIM. Sí, señora; pero aún no ha terminado su luto, y además se encuentra algo delicada. Ya tendré el honor de cumplir á usted mi promesa.

OLIVIER. (Á Raimundo con disimulo.) Oiga usted, Raimundo.

RAIM. ¿Qué hay?

MARC. Señor de Nanjac!

OLIVIER. (Á Raimundo.) Luégo se lo diré.

RAIM. ¿Señorita?

MARC. (Á Olivier.) Señor Olivier, présteme usted por un momento al señor de Nanjac. (Á Raimundo.) Tengo que hablarle de un asunto que me interesa; pero antes quíteme usted el alfiler del sombrero.

HIPOL. (Á Olivier.) Esta señorita me parece demasiado ligera.

OLIVIER. Es una niña, annque presume de mujer.

MARC. Sabe usted señor de Nanjac, que se frágua una conspiración en contra suya?

RAIM. ¿De veras, señorita?

MARC. De veras. Quieren que se case usted conmigo.

RAIM. ¿Cómo? ¡Sin contar con usted!...

MARC. Oh! no se las eche usted de galante. Ni usted quiere ser mi marido, ni yo debo ser su esposa. Ama usted á una persona que vale mucho más que yo: lo he adivinado, y no hablaré de ello. Ahora que nada tiene usted que temer de mí, le ruego que me acompañe un rato; charlaremos; mi tia creerá que me está usted galanteando, y se pondrá contentísima. Hay que hacer algo por los parientes. Ya ve usted si soy una buena persona: á la vez que proporciono á mi tia una satisfacción, doy la voz de alerta al inocente prójimo que, como usted, es objeto de asechanzas y se vé amena-

zado de un gran peligro. Pero cuide usted de no chafar mi sombrero; no tengo otro, y es probable que esté sin pagar. (Váse riendo con Raimundo.)

VIZC. (Á Susana.) ¿Qué le dije á usted?... la cosa marcha.

HIPOL. ¿Sabes que me agrada ese señor de Nanjac?

OLIVIER. Es un hombre que vale mucho, y á quien trataré de salvar, aunque tenga que arrepentirme algun dia.

CRIADO. (Anunciando.) La señora de Santís!

OLIVIER. Ya pareció aquello. Ahí la tienes.

ESCENA VI.

VALENTINA, VIZCONDESA, SUSANA, OLIVIER é HIPÓLITO.

VIZC. ¡Gracias á Dios! Llega usted la última.

VALENT. (Bajo á la Vizcondesa.) De Latour no me quería dejar venir, y he tenido que engañarle para escapar, pues cree que he ido á otra parte. ¿Vino Hipólito?

VIZC. Allá está, hablando con Olivier.

VALENT. ¡Ah! El corazón me late.

SUSANA. ¡Valor!

OLIVIER. (Aproximándose á Valentina.) ¿Cómo va?

VALENT. Muy bien, gracias.

OLIVIER. ¡Qué traje tan... vistoso! Le sienta á usted muy bien.

VALENT. Gracias.

OLIVIER. ¿Quiere usted que le presente á mi amigo Hipólito? Supongo que le habrá usted hecho convidar para conocerlo?

VALENT. Preséntemele usted.

OLIVIER. (Presentando á Hipólito.) Hipólito Richond... La señora de Santís.

HIPOL. Señora...

VALENT. (Saludando.) Há mucho tiempo que deseaba encontrarme con usted.

HIPOL. ¡Es usted muy amable! Hace diez años que paro muy poco en Francia.

VALENT. (Despues de cerciorarse de que no la pueden oir.) Y bien, Hipólito, ¿qué piensas hacer de mí?

HIPOL. ¿De usted?

VALENT. De mí, sí señor.

HIPOL. Pues... lo que he hecho hasta ahora.

VALENT. Pero esta situación es intolerable.

HIPOL. ¿Por qué?

VALENT. ¿Usted me lo pregunta? Hace diez años que no nos hemos hablado; y sin embargo, soy su esposa.

HIPOL. Legalmente, sí.

VALENT. Usted me amaba.

HIPOL. Mucho. Lo cual pudo costarme la vida; pero felizmente no he muerto.

VALENT. ¿Y qué se hizo de ese amor?

HIPOL. Hoy me es usted tan indiferente como si nó existiera.

VALENT. Pero usted ha venido aquí sabiendo que me vería. Si le fuese tan indiferente, no hubiera venido.

HIPOL. Todo lo contrario. He venido precisamente porque nada tenía que temer de este encuentro.

VALENT. Es decir, que no quiere usted perdonarme.

HIPOL. ¡No la perdonaré á usted jamás!

VALENT. ¿No me habrirá nunca su casa?

HIPOL. Aun cuando quisiese, no podría hacerlo.

VALENT. Luego ¿es verdad lo que me han dicho?

HIPOL. ¿Qué le han dicho á usted?

VALENT. Que su casa estaba ocupada.

HIPOL. Es cierto: por personas que merecen mi cariño.

VALENT. Pero que yo arrojaré de ella.

HIPOL. Ya sabe usted que entre los dos, yo soy el único que tiene derecho para amenazar. No lo olvide usted. Despues de tres años de penas, de soledad, de desesperación, durante los cuales, con una palabra, con una lágrima de verdadero arrepentimiento, hubiera usted podido alcanzar mi perdón, porque la amaba todavía; despues de esos tres años de una existencia la más desdichada y miserable, he adquirido el derecho de vivir como mejor me convenga. La casualidad me ha deparado una familia de hecho, y un hogar donde gozo la dicha que usted no quiso darme; y hé aquí la extraña si-

tuación en que puede encontrarse un hombre honrado por culpa de su mujer. Sé todo cuanto ustéd ha hecho desde nuestra separación. La idea de reunirse conmigo es cosa muy reciente. Ha derrochado usted su fortuna con los despilfarros de una vida ociosa y desarreglada, y no teniendo ya otro recurso, dice usted: «Probemos á ver si me recoge mi marido!» No, señora, no: todo acabó entre nosotros; usted ha muerto para mí.

VALENT. De manera que nada le importa lo que me pueda suceder?

HIPOL. No es mia la responsabilidad.

VALENT. Vamos, ya sé á que atenerme; pero usted será la causa de cuanto ocurra desde aquí en adelante.

HIPOL. Adios para siempe; por que de seguro no nos volveremos á ver más.

ESCENA VII.

LOS MISMOS, MARCELA, RAIMUNDO.

MARC. (Entrando y dirigiéndose á Hipolito.) ¿Cómo, ya se va usted?

HIPOL. Sí señorita. (Á Valentina.) Señora... (Saludando.)

VALENT. (Saludando.) Caballero...

VIZC. ¿Nos deja usted, señor Richond? Eso no está bien.

HIPOL. He prometido en casa que volvería temprano.

VIZC. ¿Por qué no ha traido usted á su señora?

HIPOL. La invitación de usted y de la señora de Santís, no hablaba de ella.

VIZC. Recibo los miércoles, caballero; cuando usted y la señora Richond quieran honrarme viniendo á tomar una taza de té con nosotros, tendré sumo gusto.

HIPOL. (Á Olivier.) Hasta mañana; tengo que hablarte. (Saluda y váse.)

ESCENA VIII.

LOS MISMOS ménos HIPÓLITO.

MARC. Con estos hombres casados no se puede contar para nada. (Las mujeres le sientan alrededor de la mesa.)

RAIM. (Á Olivier.) Usted me quería decir algo hace poco.

OLIVIER. Sí... No me ha vuelto usted á hablar de la señora D'Ange. ¿Qué se ha hecho de aquel inmenso amor?

RAIM. He desistido.

OLIVIER. ¿Tan pronto?

RAIM. Sí, perdía el tiempo.

OLIVIER. ¿Y prefiere usted conformarse?

RAIM. ¿Qué hacer?

OLIVIER. Es verdad. Veo á usted convertido en un verdadero parisiense y mucho más razonable de lo que creía. Le felicito, y este cambio me anima á darle un consejo.

RAIM. ¿Cuál?

OLIVIER. Ha prometido usted á la Vizcondesa traerle á su hermana.

RAIM. Es verdad.

OLIVIER. Pues bien, no la traiga usted aquí,

RAIM. ¿Por qué? ¿no es esta una casa decente?

OLIVIER. No hay otra mejor en la apariencia; pero raspando un poco la superficie, va usted á ver lo que se descubre debajo. Oiga usted. (Alto.) ¿No se dejará ver esta noche el señor de Latour?

VIZC. Me ha escrito que le dispense: un asunto imprevisto...

MARC. Si al que inventó la frase de «un asunto imprevisto,» le hubiesen concedido privilegio, ya hubiera ganado buen dinero.

OLIVIER. Puede que el señor de Latour haya dicho esta vez la verdad, aunque no es su costumbre.

MARC. ¿Qué le ha hecho á usted el señor de Latour? Usted le critica á todas horas, y él no habla de usted sino para alabarle.

OLIVIER. Me alaba, por no decir nunca lo que siente.

VALENT. Es un hombre agradabilísimo, muy digno, muy elegante, muy bien educado; cualidades que reunen pocas personas.

OLIVIER. Ha olvidado usted añadir que gasta expléndidamente su fortuna.

VALENT. Mucho que sí.

OLIVIER. Verdad es que para lo que le cuesta!... juega todas las noches y gana siempre.

VIZC. ¿Va usted á decir que es tramposo?

OLIVIER. No; digo solamente que tiene suerte en el juego, y no se tiene suerte por casualidad, como se tiene el pelo rubio ó negro.

RAIM. (Á Olivier.) Recuerde usted que he sido padrino del señor de Latour.

OLIVIER. Á quien conoció usted en la mesa redonda de los baños de Báden. Usted, mi querido Raimundo, es un caballero, y cree que todos son lo mismo que usted, pero no hay tal cosa.

VALENT. Me consta que el señor de Latour es de muy buena familia y que está relacionado con los primeros personajes...

OLIVIER. De la baraja. Ya lo sé; y me admira que personas de la más escogida sociedad, como estas señoras pretenden serlo...

VIZC. Y que lo son, amigo mio.

OLIVIER. Y que lo son, admitan en su trato á un hombre que nadie recibe, y que ahuyentará de esta reunión á cuantos conozcan sus mañas.

VIZC. ¿Quiere usted hacerme el favor de hablar de otra cosa?

OLIVIER. Con mucho gusto. (Pausa.) ¡Señora de Santís?

VALENT. ¿Qué hay?

OLIVIER. Y la habitación de la calle de la Paz está ya corriente?

VALENT. ¿Qué le importa á usted mi habitación? Usted no ha de verla.

OLIVIER. Gracias... ¿Y su esposo de usted?

VALENT. Tan bueno y tan campante.

OLIVIER. Por mi amigo Hipólito acabo de saber que su esposo de usted consiente en la reconciliación.

VALENT. Yo le prometo que oirá hablar de mí.

OLIVIER. ¡Eso le vá á ser muy agradable!

VALENT. Le pondré pleito.

OLIVIER. ¡Gran idea! Queda por averigaur si es buena. ¿Y á qué fin el pleito?

VALENT. Ya lo verá usted. Sé muy buenas cosas de mi marido, y mi abogado lo arreglará á pedir de boca. Despues de todo soy su mujer.

OLIVIER. ¿De su abogado de usted?

VALENT. Es usted muy chistoso... un dia por semana: los mártes; pero como hoy es miércoles, no le sopla la musa.

OLIVIER. Es verdad. Hoy le toca á usted hacernos reir.

MARC. No le haga usted caso, Valentina. Está usted en su derecho, y ganará el pleito, yo se lo aseguro. Cállese usted, señor Olivier.

OLIVIER. Al ver que toma usted parte en esta conversación, tengo que callarme forzosamente. Yo sólo hablo de lo que entiendo, y como nada se me alcanza de comiditas, ni de muñecas, no debo hablar con niñas por muy listas que sean.

MARC. ¿Lo dice usted por mí?

OLIVIER. Por usted lo digo.

MARC. Hablo de lo que ustedes hablan. Cuando las personas mayores tratan de ciertas cosas delante de las niñas, las niñas tienen derecho de tomar parte en la conversación: además, ya no soy una niña.

OLIVIER. ¿Pues qué es usted?

MARC. Soy una mujer, y hablo como una mujer.

OLIVIER. Sí: como una mujer de rompe y rasga. Y aún pudiera usted decir, como un hombre.

MARC. ¡Caballero!... (Llévase el pañuelo á sus ojos.)

VALENT. Ya esperaba yo que acabaría usted por soltar una impertinencia.

VIZC. (Acercándose á Marcela.) ¡Qué crueldad, señor de Jalin! Esta niña no ha dado motivo para que se la trate de ese modo. Cuando tenga usted que decir algo desagradable dentro de mi casa, entiéndase usted conmigo solamente. Ven, Marcela. ¿Nos acompaña usted, señor de Nanjac?

RAIM. Soy con ustedes en seguida. (Salen todas las mujeres.)

ESCENA IX.

RAIMUNDO, OLIVIER.

OLIVIER. Despues de lo que ha escuchado, ¿traerá usted á su hermana á esta casa?

RAIM. De modo, que cuanto ha dicho usted...

OLIVIER. Es la pura verdad.

RAIM. ¿El señor de Latour?...

OLIVIER. Todo un caballero de industria.

RAIM. ¿La señora de Santís?...

OLIVIER. Una criatura sin corazón y sin entendimiento, que deshonraría el nombre de su marido, si éste no le hubiese prohibido llevarlo.

RAIM. ¿Y Marcela?

OLIVIER. Una jóven sin malicia, que presume de entenderlo todo, y que será víctima de la sociedad en que vive.

RAIM. ¿Pues qué sociedad es esta?

OLIVIER. ¡Ah, amigo mio! Es necesario haber vivido mucho tiempo y con trato íntimo en todos los círculos de París, para comprender la naturaleza de éste, cuyo colorido no es fácil explicar. ¿Le gustan á usted los melocotones?

RAIM. (Asombrado.) ¿Los melocotones! Sí.

OLIVIER. Pues bien, éntre usted un dia en la tienda donde se venden y pida los mejores. Le mostrarán una cesta de magníficos melocotones puestos á cierta distancia unos de otros, y separados por hojas á fin de que no se toquen y evitar que puedan dañarse con el contacto; pregunta usted el precio, y le responden que cuestan, por ejemplo, á treinta céntimos cada uno. Si mira usted despues á su alrededor, verá seguramente otra cesta inmediata, llena también de melocotones, semejantes en la apariencia á los primeros, sólo que estarán apretados unos contra otros de tal manera, que únicamente podrá verse la parte exterior, y averiguará usted que aquella fruta vale una mitad ménos

que la otra: es decir, á quince céntimos nada más. Usted, como es natural, deseará saber por qué estos melocotones, tan hermosos, tan gordos y maduros, cuestan ménos que aquellos; y entónces el vendedor cogerá uno al azár con sumo cuidado entre sus dedos, le dará una vuelta, y mostrará á usted que tiene en la parte que estuvo oculta, un insignificante puntito negro, causa de la depreciación. Pues bien, mi excelente amigo, usted está ahora metidito en la cesta de los melocotones de á quince céntimos. Las mujeres que nos rodean tienen una falta en su pasado, ó una mancha en su nombre; se juntan unas á otras y se apiñan para ocultar mejor el defecto; y á vec s con el mismo orígen, y siempre con el mismo exterior, y las mismas preocupaciones de las mujeres de la alta sociedad, forman lo que nosotros llamamos Demi-monde, que boga como isla flotante sobre el océano parisiense, que llama, recoge y admite á todo el que cae ó se levanta de mala manera, y á todo el que se vé precisado á huir de la tierra firme, sin contar con los náufragos que sabe Dios de dónde vienen.

Raim. ¿Tiene domicilio especial el círculo de esa gente?

Olivier. Vive en todas partes, mas un parisiense lo reconoce en seguida.

Raim. ¿En qué se distingue?

Olivier. Por lo comun, en la ausencia de maridos y de aspirantes al matrimonio; pues se compone de solteras que nunca se casan, y de verdaderas casadas completamente sueltas.

Raim. ¿Pero de dónde viene sociedad tan extraña?

Olivier. Es una creación moderna. Desde que los maridos burlados, protegidos por el Código, tuvieron el derecho de lanzar del seno de la familia á las desdichadas que olvidan sus deberes, con los deshechos de los matrimonios descosidos se ha hilvanado una sociedad nueva, porque alguna colocación habían de encontrar tantas mujeres repudiadas. La primera que pusieron á la

puerta, fué á ocultar su vergüenza y á llorar su falta al retiro más ignorado; la segunda, marchó en busca de la primera; y reunidas las dos, llamaron desgracia al crímen cometido, consolándose y disculpándose recíprocamente. Cuando fueron tres las esposas cesantes, se convidaron á comer; y al llegar al número de cuatro, bailaron una contradanza. Alrededor de estas mujeres fueron agrupándose despues poco á poco otras muchas: jóvenes que tropezaron al dar sus primeros pasos por el sendero de la vida; viudas de pega, mujeres que llevan el apellido del hombre con quien viven; en fin, cuántas pretenden hacer creer que han sido algo y no quieren aparecer lo que son. Hoy en dia, este mundo tan irregular funciona con bastante regularidad, y esta sociedad bastarda es el encanto de los jóvenes, porque en ella el amor es más fácil que arriba, y ofrece ménos inconvenientes que abajo.

RAIM. ¿Pero, á dónde caminan?

OLIVIER. ¿Quién sabe? Navegan á la ventura; y bajo esta superficie deslumbradora se representan dramas siniestros, se preparan terribles expiaciones. Llega un dia en que desaparecen los atractivos de la juventud, y los cortesanos se alejan. Entónces vienen las penas, los remordimientos, el abandono, la soledad. Algunas de estas mujeres se ligan á un hombre que tuvo la candidez de dejarse engañar, muchas desaparecen sin que nadie procure averiguar su paradero; otras, como la Vizcondesa de Vernieres, se agarran á esta protectora sociedad, y siguen en ella hasta morir. Por último, alguna que otra, no pudiendo soportar el tristísimo abandono en que se encuentra, y tal vez sinceramente arrepentida, recurre á los hijos para alcanzar indulto; ruega, insiste, jura y promete enmendarse, aunque, por ser ya vieja, no necesita más fiador que los años; los amigos intervienen en su favor con buenas razones, y el marido perdona. Hecha la reconciliación, se revoca la derruida fachada de aquel matrimonio; los cón-

yuges se alejan por uno ó dos años de París, vuelven, el mundo cierra los ojos, y así deja entrar de cuando en cuando por un postigo á las mujeres que habían salido públicamente por la puerta principal.

RAIM. ¡Oh! Todo eso debe ser exacto. Si la Baronesa le oyese á usted, quedaría admirada.

OLIVIER. ¿Por qué razon?

RAIM. Por que ella me ha contado lo mismo.

OLIVIER. ¿Ella!

RAIM. Sí; pero con ménos ingénio: lo confieso.

OLIVIER. ¡Ah! (Ap.) (Pues la prevención de referírtelo fué bastante ingeniosa.) (Alto.) Pero si la Baronesa conoce tan á fondo esta sociedad, ¿por qué viene á ella?

RAIM. Eso es lo que le he preguntado, y me contestó que por compromiso de antiguas amistades: la señora de Santís, por ejemplo, fué su amiga de la infancia. Además, Susana se interesa mucho por Marcela, á quien precisamente desea sacar de la mala situación en que está. No obstante, la Baronesa abandonará dentro de poco y para siempre estas relaciones.

OLIVIER. ¿Cómo?

RAIM. Es un secreto; pero de aquí á ocho dias, le darán á usted una gran noticia.

ESCENA X.

LOS MISMOS, MARCELA.

MARC. Señor de Nanjac, Susana llama á usted. (Raimundo Sale.) No se vaya usted, Olivier: tengo que hablarle.

OLIVIER. Estoy á su disposición, señorita.

MARC. Hace poco estuvo usted muy severo conmigo; hasta me hizo llorar. ¿Qué le había yo hecho?

OLIVIER. Nada absolutamente.

MARC. No es esta la primera vez que me trata usted mal, y sé que no le merezco buena opinión. Me lo han dicho.

OLIVIER. La han engañado.

MARC. Antes era usted más indulgente, más afectuoso conmigo, y hasta llegué á creer en su amistad. Tenía usted disgustos de familia, y me los confiaba, y yo le confiaba los mios. ¿Por qué ha dejado usted de estimarme? ¿Vió usted en mí alguna acción indigna y deshonrosa?

OLIVIER. No tal, Marcela, usted me inspira hoy el mismo interés y la misma simpatía que antes; pero...

MARC. ¡Oh! Diga usted.

OLIVIER. Pero es necesario que una muchacha sea una muchacha, y no se entrometa á discutir asuntos que estén fuera del alcance de sus pocos años. Hay momentos en que su conversación de usted, á pesar de ser yo un hombre y un hombre de mundo, me embaraza hasta el extremo de no saber qué contestar. ¡Si supiera usted cuánto me aflije verla en esta peligrosa compañía, y oirla hablar de ciertas cosas como hablaba hace poco!

MARC. ¿Luego su severidad de usted nace del interés que se toma por mí? ¡Gracias, señor Olivier! Pero ¿qué quiere usted que yo haga? Yo no puedo abandonar esta sociedad en que vivo; no tengo padre ni madre. El lenguaje que hablo es el que oigo desde la niñez; y puede que no sea tanta desgracia para mí el haber vivido entre esta gente. Viendo todos los dias hasta donde pueden arrastrar á una mujer las consecuencias de su primera falta, he aprendido á no cometerla.

OLIVIER. ¡Lo creo!

MARC. Pero esto no basta, sobre todo, para lo futuro; y puesto que usted se interesa por mi bien, le pido un consejo,

OLIVIER. Hable usted.

MARC. ¿Qué debe hacer para librarse de la situación en que me encuentro, una jóven como yo, huérfana, sin fortuna y sin otro amparo que el de la señora de Vernieres? ¿Cómo desligarme de ella? ¿cómo evitar suposi-

ciones que me deshonren y el peligroso estado á que pudieran conducirme algun dia los malos consejos, el desaliento y la desesperacion? (Pausa.) ¿No me responde usted? ¿Puede usted compadecerme y hasta censurarme, y no puede darme consejos? No dirá usted ahora, que soy una niña.

OLIVIER. (Conmovido.) ¡Perdon!

MARC. Yo no tengo nada que perdonarle, sino mucho que agradecerle; usted con su franca censura ha despertado á tiempo mi indolencia; usted ha hecho más de lo que debia, y ya solamente le pido que, suceda lo que quiera, procure defenderme si oye que murmuran de mí. En cambio, yo le prometo encontrar modos de seguir siendo mujer de bien. Quizá algun dia halle un hombre honrado que me recompense. Hasta más ver, señor Olivier; hasta más ver, y gracias. (Saliendo.)

ESCENA XI.

LOS MISMOS, SUSANA.

SUSANA. Veo con gusto que la paz está hecha.

MARC. Si, y soy muy dichosa. (Váse.)

OLIVIER. ¡Extraña jóven!

SUSANA. Le ama á usted.

OLIVIER. ¿Á mí?

SUSANA. Hace mucho tiempo.

OLIVIER. Vamos, todos los dias se averigua algo nuevo.

SUSANA. Por eso acabo yo de averiguar que no merece mucha confianza su palabra de usted.

OLIVIER. ¿Por qué no la merece?

SUSANA. Porque no me ha guardado usted la amistad prometida.

OLIVIER. ¿Cuándo?

SUSANA. Raimundo acaba de repetirme la conversación que usted ha tenido con él.

OLIVIER. No he dicho una sola palabra que pueda perjudicar á

usted, ni creo haber pronunciado su nombre.

SUSANA. Eso es una sutileza. El referir á Raimundo lo que usted le ha contado, hubiera sido un descrédito para mí, si yo, que vivo siempre muy precavida, no hubiese tomado la delantera.

OLIVIER. ¿Qué le importa á usted lo que Raimundo pueda pensar, si no le ama?

SUSANA. ¿Usted qué sabe?

OLIVIER. ¿Le ama usted?

SUSANA. No tengo que dar cuenta á nadie de mis sentimientos.

OLIVIER. ¡Quizás!

SUSANA. ¿Es decir que me declara usted la guerra?

OLIVIER. ¡Vaya por la guerra!

SUSANA. Corriente. Usted tiene algunas cartas mias, y le suplico que me las devuelva.

OLIVIER. Mañana se las llevaré yo mismo á su casa.

SUSANA. Hasta mañana, pues.

OLIVIER. Hasta mañana. (Váse.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Sala en casa de Susana.

ESCENA PRIMERA.

SUSANA, SOFÍA.

SUSANA. (Á Sofía.) ¿No ha venido aun mi Notario?
SOFIA. No, señora.
SUSANA. Voy á salir; si viene álguien, que espere.
SOFIA. (Abriendo la puerta de salida.) La señorita de Sancenaux.
SUSANA. Que éntre. (Marcela entra. Sofía sale.)

ESCENA II.

SUSANA, MARCELA.

SUSANA. ¿Á qué debo el gusto de esta visita, hija mia?
MARC. ¿Estorbo?
SUSANA. Usted no estorba nunca; ya sabe que la quiero y que seré dichosa en servirla. ¿De qué se trata?
MARC. De mi suerte.
SUSANA. Escucho.
MARC. Creo que tiene usted bastante influencia con el señor de Thonnerins.

SUSANA. Me profesa alguna amistad.

MARC. Pues bien: ese caballero se prestó generosamente hace cuatro ó cinco años á llevarme á su casa, para dar á su hija una compañera de edad, y para que me educase al lado de ella.

SUSANA. Lo recuerdo, y que se opuso su tia de usted.

MARC. ¡Desgraciadamente! Si hubiese consentido, no vendría yo ahora á molestar á usted con pretensiones.

SUSANA. ¿Pues qué pasa?

MARC. No quiero quejarme de mi tia. No es culpa suya que los gastos de la casa hayan consumido poco á poco la modesta fortuna que mis padres me dejaron. Si ajustásemos cuentas, yo sería la deudora, porque el cariño y los cuidados no se pagan con ningun dinero; pero como donde no hay harina, todo es mohina, y se enconan los más afables caractéres, anoche, despues que todos se fueron, tuve un gran disgusto con mi tia porque le dije que no amo al señor de Nanjac, y que no haré nada para conseguir que se case conmigo.

SUSANA. Tanto más, cuanto que ama usted á otro.

MARC. ¡Puede ser!... Sabe usted que mi tia tiene grande interés en casarme con el señor de Nanjac; así pues, al oir mi resolución, me previno que si no accedía á sus deseos no contase con ella. No he dormido esta noche buscando el medio de no serle gravosa; y como para mí no puede haber otro que ganar el sustento honradamente, vengo á suplicar á usted que me recomiende al señor Marqués de Thonnerins, por si quiere darme hoy en su casa el noble asilo que me ofreció hace cuatro años. La señorita de Thonnerins tardará en casarse algun tiempo, porque es muy jóven; tiene pocas relaciones de amistad, yo ganaré su afecto á fuerza de solicitud y cariño, y es de esperar que me conserve á su lado el dia que se case. Estoy cierta de lograr mi pretensión si usted me proteje, y le deberé una existencia, aunque no brillante, decorosa y tranquila: no ambicono más.

SUSANA. Hoy mismo veré al Marqués.

MARC. ¿De verás?

SUSANA. Tengo que salir, y de camino...

MARC. ¡Qué buena es usted!

SUSANA. No estaría demás que me diese usted una carta para él.

MARC. Voy á casa y se la remitiré en seguida.

SUSANA. Mejor es que la escriba usted aquí, mientras yo me me pongo el chal y el sombrero. Llévemela usted á mi cuarto cuando esté acabada; y si quiere usted esperarme, yo misma le traeré la respuesta antes de una hora. (Llama con el timbre.)

MARC. No: he venido con la doncella sin decir nada á mi tia; y si no vuelvo pronto, estará con cuidado. (Se pone á escribir.)

SUSANA. Haga usted lo que guste. (Al Criado que entra.) Si viene el señor de Jalin ó el señor de Nanjac, suplíqueles usted que me aguarden. (Váse el Criado.) Espero á usted en mi cuarto. (Váse.)

ESCENA III.

MARCELA, despues OLIVIER.

MARC. (Escribiendo.) He tenido una buena inspiración. ¡Qué Dios me proteja! Y me protejerá, porque mi propósito es bueno. (Durante este tiempo, ha entrado Olivier, y contempla algunos momentos á Marcela en silencio.—Ésta se levanta, cierra la carta, y al volverse ve á Olivíer.) ¡Ah!

OLIVIER. ¿La he asustado á usted?

MARC. Estaba distraida, y la sorpresa...

OLIVIER. Al ver la expresión de sus ojos, apostaría á que está usted hoy contenta.

MARC. Lo estoy porque abriga mi corazón una dulce esperanza; y me alegra ver á usted, porque á usted he debido este consuelo. Desde ayer noche pienso en lo porvenir, y sueño que va á cambiar mi suerte.

OLIVIER. ¿Pues qué pasa?

MARC. Ya lo sabrá usted. Yo no puedo tener secretos con mi mejor amigo. ¡Hasta muy pronto!

OLIVIER. ¿Se va usted?

MARC. Sí; pero antes suplicaré á la Baronesa que no le deje á usted escapar, porque pienso volver dentro de una hora. (Cogiéndole una mano.) ¡Sea usted siempre tan franco para conmigo, como lo fué anoche! (Váse.)

ESCENA IV.

OLIVIER solo.

OLIVIER. Mucha experiencia se necesita para penetrar en el corazón de una mujer de mundo; pero, á veces, es más difícil conocer el de una niña de la índole de Marcela. Bien se yo cómo la juzgaba ayer; hoy Dios sabe cómo la deberé juzgar, y los sentimientos que me inspira. (Sacando las cartas del bolsillo.) Por si tarda mucho la Baronesa, y no la puedo ver, pondré el epitafio sobre los restos mortales de su correspondencia, y que la tierra les sea leve. (Escribiendo) «Á la señora Baronesa D'Ange.» (Entra Raimundo.) ¡Raimundo! ¡Diablo... (Esconde el pliego dentro de su bolsillo.)

ESCENA V.

OLIVIER, RAIMUNDO.

OLIVIER. ¡Hola! ¿es usted amigo Raimundo? Me alegro verle porque me han dicho de usted hace poco algo que... parece increible.

RAIM. ¿Quién?

OLIVIER. El padre de Maucroix, en cuya casa he almorzado esta mañana.

RAIM. ¿Me conoce á mí ese caballero?

OLIVIER. Personalmente, no; pero es amigo del ministro de la guerra; sabe nuestras relaciones, y me preguntó por

qué causa ha solicitado usted su retiro. Yo le contesté que mal podría conocer la causa, cuando hasta ignoraba el hecho, y que no lo juzgaba verosímil; pero me dijo que habia adquirido la noticia en el mismo ministerio.

RAIM. La noticia es cierta; y si aún no hablé á usted de este asunto, es porque...

OLIVIER. Sea por lo que quiera; yo no pretendo saber sus secretos, querido Raimundo. ¿Sigue usted bueno?

RAIM. Perfectamente.

OLIVIER. Adios.

RAIM. ¿Se va usted?

OLIVIER. Sí, porque la Baronesa no vuelve.

OLIVIER. Podemos esperarla reunidos, si usted gusta.

OLIVIER. No: tengo que hacer una visita.

RAIM. ¿Quiere usted que le diga algo de su parte?

OLIVIER. Hágame usted el favor de decir á la Baronesa que volveré para entregarle lo que me ha pedido:

RAIM. ¡Misteriosa comisión! ¿Está usted disgustado conmigo?

OLIVIER. ¿Yo, por qué?

RAIM. Nada más natural. Entre amigos tan verdaderos como nosotros, es un agravio la reserva; y yo, no solo tengo secretos para usted, sino que le engañé ayer con una mentirilla inocente: todo porque me había recomendado el silencio cierta persona á quien no puedo negar lo que me pide. Perdóneme usted, pues estoy arrepentido y avergonzado, y resuelto á confesárselo todo.

OLIVIER. No deseo saberlo; y le suplico que no me diga nada.

RAIM. Veo que sigue usted quejoso, como pudiera estarlo un niño, á pesar de la satisfacción que acabo de darle. Como prueba de lealtad, diré á usted que hoy mismo iba á su casa para pedirle un favor, que no puede prestarme sin conocer mi secreto.

OLIVIER. ¿Qué favor?

RAIM. Me caso.

OLIVIER. ¿Usted?

RAIM. Yo.

OLIVIER. ¿Con quién se casa usted?

RAIM. Adivínelo.

OLIVIER. ¿Cómo quiere usted que lo adivine?

RAIM. La primera vez que nos vimos, rogué á usted con empeño que me diese ciertas noticias, advirtiéndole que podrían influir en la suerte de toda mi vida.

OLIVIER. Es verdad. ¿Y bién?...

RAIM. Me caso con la señora D'Ange.

OLIVIER. ¿Con Susana!... (Conteniéndose.) ¿Con la Baronesa?

RAIM. Sí.

OLIVIER. ¿Eso es broma?

RAIM. No tal.

OLIVIER. Entonces es sério.

RAIM. Muy sério.

OLIVIER. ¿Fué ella quien ideó la boda?

RAIM. He sido yo.

OLIVIER. ¡Ah! Le doy á usted la enhorabuena, amigo mio.

RAIM. ¿Parece que le asombra á usted la noticia?

OLIVIER. ¿Qué quiere usted?: no la esperaba. Ya me figuré que, á pesar de nuestra conversación de anoche, seguía usted enamorado de la señora D'Ange; y supuse, al saber lo del ministerio de la Guerra, que pedía usted su retiro para estar el mayor tiempo posible al lado de su amada; pero no imaginé, ni por un instante, lo confieso, que pudiera tratarse de matrimonio,

RAIM. ¿Por qué no?

OLIVIER. Porque, á mi juicio, el matrimonio es asunto demasiado grave para decidirlo con tanta precipitación.

RAIM. Pienso, por el contrario, amigo mio, que cuando uno averigua dónde está su felicidad, debe apresurarse á cogerla. Soy libre, sin familia, tengo treinta y dos años, no he amado nunca; Susana es también libre, viuda, mujer principal, segun usted me aseguró; la amo, me ama, y nos casamos.

VALENT. Perfectamente. Y ¿cuándo es la boda?

RAIM. Cuando terminen los plazos legales. Ruego á usted que no lo publique: es gusto de la Baronesa, y hemos con-

venido en retirarnos de la sociedad. Susana quería casarse léjos de París; pero yo me opuse por usted.

OLIVIER. ¿Por mí?

RAIM. Necesito un testigo para la boda, y deseo que usted lo sea.

OLIVIER. ¿Yo testigo de su matrimonio de usted? Imposible!

RAIM. ¿No merezco esa honra?

OLIVIER. Parto mañana.

RAIM. ¡Nada me ha dicho usted de ese viaje! ¡Vamos! ¿Qué le pasa á usted, Olivier? Está usted desazonado, violento...

OLIVIER. Es natural.

RAIM. ¿Pues qué hay? Hable usted.

OLIVIER. Hablaré. ¿Cree usted, Raimundo, que si en una situación crítica le diese yo un consejo, sería únicamente por su bien?

RAIM. Lo creo firmemente.

OLIVIER. Entonces desista usted de esa unión; aún es tiempo.

RAIM. ¿Qué quiere usted decir?

OLIVIER. Quiero decir, que por mucho que se ame á una mujer, no es preciso casarse con ella para alcanzar la felicidad que usted apetece.

RAIM. Amigo Olivier, al manifestarle que amaba á la señora D'Ange, olvidé por lo visto, decirle que la estimo.

OLIVIER. Muy bien, amigo mio. Hasta más ver. (Disponiéndose á salir.)

RAIM. ¿No espera usted á la Baronesa?

OLIVIER. Volveré luégo.

RAIM. ¡Olivier!

OLIVIER. ¿Raimundo?

RAIM. Algo me oculta usted. (Con energía.)

OLIVIER. Nada.

RAIM. Sí. (Con sequedad y violencia.)

OLIVIER. ¡Diablo! Es usted un hombre muy singular.

RAIM. ¿Qué tengo yo de singular?

OLIVIER. No hay medio de entenderse con una persona que toma por ofensa el beneficio que se le quiere hacer, y

que á la menor palabra que le disgusta, contesta con una descarga de artillería. Sólo por cumplir mi deber, doy á usted un consejo de amigo, y me pára en firme con una de esas respuestas de mármol que sólo usted sabe dar. Los parisienses no estamos hechos á tratar con caractéres de hierro fundido, y nos comprendemos á media voz. Acobarda el tener que explicarse con usted.

RAIM. ¡Vaya, por Dios! Pues crea usted que el oficio de soldado no me privó de todo entendimiento, y que no dejo de ser razonable. Deduzco de sus palabras de usted que mi situación puede tener dos aspectos: uno sério y otro cómico; yo, acaso por falta de mundo, la he considerado cosa séria; pero si es cómica, usted, como buen amigo, tiene el deber de demostrármelo, y cuando yo conozca mi engaño, juro á usted que seré el primero en reir.

OLIVIER. Lo dice usted; pero no se reirá.

RAIM. No me conoce usted bien. Todos los hombres se pueden equivocar; y sería un majadero el que, despues de conocer su error, no se conformase tranquilamente procurando la enmienda. Esta es mi opinión.

OLIVIER. ¿Palabra?

RAIM. ¡Palabra!

OLIVIER. Entonces, riámonos.

RAIM. ¿Equivoqué el camino?

OLIVIER. Seguramente.

RAIM. ¿No me ama la Baronesa?

OLIVIER. No digo tal cosa; al contrario, creo que le ama á usted mucho. Mas, aquí para *inter nos* eso no es una razón para que usted se case; aunque para ella lo sea. Un marido como usted no se encuentra todos los dias; es necesario haber pasado revísta á muchos adoradores antes de encontrarle.

RAIM. ¡Ah! ¿Y la Baronesa?... diga usted, diga usted.

OLIVIER. Sería muy largo de contar. Lo que me corresponde decirle es que no se casa un hombre... honrado, con

la señora D'Ange.

RAIM. ¿De verdad?

OLIVIER. Se necesita venir de África y desconocer el terreno que se pisa, para obrar de otra manera.

RAIM. ¡Me abre usted los ojos! Ahora comprendo por qué deseaba el mayor sigilo acerca de nuestro matrimonio; por qué pretendía que nos casásemos lejos de París, y por qué me previno que desconfiase de usted.

OLIVIER. Es muy hábil la tal Baronesa, es una mujer superior á todas las de su círculo. No se case usted con Susana; pero ámela, que bien lo vale.

RAIM. ¿Sabe usted algo de positivo, qué?...

OLIVIER. Yo, no.

RAIM. ¿Á qué viene ya la reserva? Concedo que debió usted ser tan discreto como lo fué la primera vez que nos vimos, porque no me conocía; pero ahora...

OLIVIER. Siempre le he dicho la verdad.

RAIM. ¡Vamos! ¡Vamos!

OLIVIER. Lo repito. Entonces me preguntó usted si era amigo, y nada más que amigo de la señora D'Ange, y le concontesté afirmativamente, sin otras explicaciones, porque no le conocía; pero despues que he tenido ocasión de apreciar lo mucho que usted vale, ahora que soy su amigo leal, y averiguo que pretende dar su nombre á esa mujer... ¡demonio! el asunto muda de aspecto, y mi indiferencia sería una traición de que más tarde tendría usted derecho á pedirme cuenta. Así pues, hoy me toca advertirle del riesgo que corre, y le advierto. ¿No me quiere usted mal?

RAIM. ¿Yo quererle mal, mi querido amigo? ¡Qué locura! Crea usted por el contrario, que jamás olvidaré el servicio que me presta.

OLIVIER. Con los enamorados nunca sabe uno á qué atenerse.

RAIM. No amo ya á esa mujer.

OLIVIER. Pero cuidadito, que no debe salir de nosotros nada de cuanto hemos hablado.

RAIM. Naturalmente. ¿Qué me aconseja usted ahora?

OLIVIER. ¡Hombre! Eso es cuenta de usted.

RAIM. No se me ocurre cómo librarme de mi compromiso en el punto á que han llegado las cosas. Necesito alegar un motivo suficiente...

OLIVIER. En estos casos, no hay razón más poderosa que la voluntad; y ya se le ocurrirá á usted un buen pretexto; sin contrar con que la Baronesa pudiera proporcionarle motivo más que suficiente cuando tenga que declarar su estado.

RAIM. ¿Qué estado?

OLIVIER. Para que sea viuda la mujer, se necesita, indudablemente, un marido... un marido muerto; y un marido muerto es más difícil de procurar que un marido vivo.

RAIM. Luego no es viuda.

OLIVIER. Nunca fué casada.

RAIM. ¿Está usted seguro?

OLIVIER. Segurísimo. Nadie ha conocido, ni de vista, al Baron D'Ange... y si quiere usted adquirir noticias ciertas de Susana, puede preguntar al Marqués de Thonnerins, puesto que su hermana de usted le conoce mucho. El marqués debe saber bastante acerca de la Baronesa! Pero no diga usted á nadie que yo le he puesto en camino de averiguar lo que desea: es lo único que le pido en pago de mis servicios. Y con esto adios; conviene que Susana ignore nuestra conversación, y si me viese aquí sospecharía.

RAIM. ¿Es decir que no debo dar ya el recado que usted me encargó?

OLIVIER. ¿Qué recado?

RAIM. Decir á la Baronesa que volverá usted para entregarle lo que le habia pedido.

OLIVIER. No le diga usted nada.

RAIM. ¿Y qué era ello?

OLIVIER. Unos papeles.

RAIM. ¿Papeles de negocios?

OLIVIER. Sí.

RAIM. ¿Negocios de interés?

OLIVIER. Precisamente. Adios.

RAIM. Hace usted mal en no ser franco conmigo hasta el fin. Esos papeles son cartas; confiéselo usted. (Silencio.) ¡Vamos! En mi situación presente, cuanto más me diga usted será mejor.

OLIVIER. Pues bien, sí, son cartas.

RAIM. ¿Cartas que ella le ha escrito á usted, y que al casarse desea recobrar? ¡Vamos! complete usted su buena obra.

OLIVIER. ¿Cómo?

RAIM. Probándome que realmente es mi amigo.

OLIVIER. ¿De qué manera?

RAIM. Entregándome esas cartas.

OLIVIER. ¿Á usted?

RAIM. Sí.

OLIVIER. Demasiado sabe usted que no puede ser.

RAIM. ¿Por qué nó?

OLIVIER. Porque las cartas de una mujer no se entregan más que á ella misma.

RAIM. Eso depende...

OLIVIER. ¿De qué?

RAIM. De las circunstancias en que se encuentra el que las pide, y de las condiciones de la mujer que las escribió.

OLIVIER. Las cartas de toda mujer deben siempre estimarse como sagradas, sin consideración á circunstancias, ni condiciones.

RAIM. (Con acritud.) Puede que sea un poco tarde para invocar esas máximas, amigo Olivier.

OLIVIER. ¿Lo cree usted?

RAIM. Lo creo, porque tratándose de asuntos que importa poner muy en claro, cuando se revela parte del misterio, es necesario descubrirlo todo.

OLIVIER. ¡Ah! Ya veo que he hecho una tontería, y que no debí decirle una sola palabra.

RAIM. ¿Por qué?

OLIVIER. Porque no tiene usted ganas de reir, porque ama usted á Susana más de lo que dice; y, en fin, porque su alegría de antes no era otra cosa que un medio de hacerme hablar... Es usted más hábil de lo que creía. Adios.

RAIM. Vamos, Olivier, déme usted esas cartas en nombre de nuestra amistad.

OLIVIER. Me pide una cosa imposible, lo repito, una cosa indigna de usted y de mí.

RAIM. Le pido simplemente la prueba de lo que me ha confiado.

OLIVIER. Es usted dueño de ponerlo en duda, si quiere.

RAIM. Si usted me pidiese un favor igual, no se lo negaría.

OLIVIER. Júremelo usted por su honor.

RAIM. Lo... (Se calla)

OLIVIER. ¿Lo vé usted!

RAIM. ¡Tiene usted razón! Pero lo juro por mi honor, que no leeré esas cartas. Démelas nsted y yo se las entregaré á la Baronesa.

OLIVIER. No.

RAIM. ¿Duda usted de mi palabra?

OLIVIER. ¡Dios me libre!

RAIM. Entonces.

OLIVIER. Oiga usted, Raimundo: usted no me perdonará en la vida el haberle dicho la verdad; pero yo no me arrepentiré nunca de haber obrado así, porque era mi deber, y no quiero ser cómplice de la Baronesa. Entre personas como nosotros, debía bastar la explicación que hemos tenido. ¿No basta? Corriente: supongámos que nada le he dicho. Vine á entregar á la señora D'Ange, ó á dejarle, si no estaba en su casa, unos papeles que le pertenecen desde el momento en que los ha pedido. Hélos aquí, dentro de este pliego cerrado. Como la señora D'Ange ha salido, deposito el paquete sobre la mesa para que lo encuentre al entrar aquí, y yo volveré dentro de media hora á saber si lo encontró. Ahora, mi querido Raimundo, haga usted por su cuen-

ta lo que le parezca mejor. Era su amigo y lo seré mientras usted quiera. Adios, hasta luégo. (Váse.)

ESCENA VI.

RAIMUNDO solo.

¡Olivier!... (Acercándose á la mesa.) Despues de todo, el pasado de esa mujer me pertenece, puesto que le doy mi nombre! Veamos las cartas... (Coge el pliego, se detiene, y lo coloca sobre la chimenea.) ¡Tiene razón Olivier: es imposible!

ESCENA VII.

RAIMUNDO, SUSANA.

SUSANA. (Entrando.) ¿Hé tardado mucho, amigo mio? ¿Se habrá usted fastidiado?

RAIM. No; tuve compañía hasta hace poco.

SUSANA. ¿Pues quién ha venido?

RAIM. El señor de Jalin.

SUSANA. Y ¿por qué no ha querido esperarme?

RAIM. Parece que tenía prisa.

SUSANA. ¿Volverá?

RAIM. Sí, dentro de media hora. ¿De dónde viene usted, mi querida Susana?

SUSANA. ¡Oh! de dar pasos bastante molestos; pero como son por usted no quiero quejarme.

RAIM. ¿Por mí?

SUSANA. Sí, por usted, caballero. Toda mujer que se casa tiene que poner antes sus asuntos en órden. ¡Si viese usted las vueltas que he tenido que dar! Pero lo he hecho con gusto, y repito que no me quejo. Únicamente me quejaría, si usted hubiese cambiado de parecer...

RAIM. Conque sepamos: ¿de dónde viene usted?

SUSANA. De casa de mi Notario. Mi marido debe conocer el estado de mi fortuna.

RAIM. Adelante.

SUSANA. De sacar mi fé de bautismo. Vá usted á ver que no el he engañado al decirle que soy una vieja: tengo veinte y ocho años, que no se pueden ocultar. (Leyendo.) «...á »una niña, nacida en cuatro de Febrero de mil ocho»cientos diez y ocho, á las once de la noche; hija le»gítima de Juan Jacinto, conde de Derwach y de Jo»sefina Enriqueta Crousserolles, su esposa...» ¡Oh, soy de buena familia! Hé aquí lo que resta de los dulcísimos amores que inauguraron mi venida á este mundo: un pedazo de papel casi ilegible, y un acta oficial fría y seca como el epitafio de una tumba. Aquí está mi fé de casamiento. No fué muy alegre para mí aquel dia, querido Raimundo, pues no amaba á mi esposo, y me casé por obediencia á mis padres. Sin embargo, debo confesar que el Baron, hombre excelente, chapado á la antigua y último representante de su noble casa, fué siempre bueno para conmigo. Esta es su partida de defunción: el título que me autoriza para amar á la faz del mundo. Como usted vé, soy viuda hace ocho años. La parte oficial de mi vida está acreditada legalmente: quede en paz lo pasado, y tratemos de lo porvenir. ¿Qué tiene usted? Nunca le ví tan pensativo.

RAIM. ¿Quiere usted confiarme esos papeles?

SUSANA. Con mucho gusto; pero no me los pierda usted.

RAIM. ¡No hay cuidado! Voy á juntarlos con los mios. ¿Y es eso todo lo que ha hecho usted esta mañana?

SUSANA. No, que también he visto á mi tutor, al Marqués de Thonnerins, con objeto de recomendarle cierta pretensión de Marcela; pero desgraciadamente nada he conseguido. Mucho lo siento, y me aflige tener que dar la mala nueva á esa pobre niña cuando vuelva á saber el resultado de mi recomendación.

RAIM. Dígaselo usted por escrito: es el medio que suele emplearse siempre que hay que dar una mala noticia.

SUSANA. Sí; pero es tan enfadoso escribir.

RAIM. ¡Segun! Yo creo que debe ser muy grato escribir á una

persona amada.

SUSANA. ¡Ah! Eso no admite duda.

RAIM. Sin embargo, á mí no me ha escrito usted jamás.

SUSANA. ¿Para qué, si nos vemos todos los dias? Y crea usted que no ha perdido nada en no conocer mi letra: es horrible, no puede ser peor.

RAIM. Vamos á ver esos garabatos.

SUSANA. ¿Tiene usted empeño?

RAIM. Sí.

SUSANA. ¡Vamos! Entonces escribiré por complacerle. (Escribe.) «Querida hija mia!...» ¡Qué pluma tan mala! «he visto al Marqués de Thonnerins como prometí; pero no le encontré favorable á nuestros deseos...» (Á Raimundo que sigue con la vista lo que ella escribe.) Esto no se entiende, ¿verdad? No sigo.

RAIM. ¿Quiere usted darme ese papel?

SUSANA. ¿Para qué le puede servir?

RAIM. Es un capricho.

SUSANA. Tómelo usted.

RAIM. (Despues de haber mirado atentamente la carta.) ¡Ah! Ahora recuerdo que el señor de Jalin ha dejado un paquetito para usted.

SUSANA. ¿Qué contiene?

RAIM. Cartas.

SUSANA. ¿Cartas? ¿Qué cartas?

RAIM. Las que usted le ha pedido.

SUSANA. ¿Yo?

RAIM. Usted misma.

SUSANA. ¿Cartas de quién?

RAIM. ¡De usted!

SUSANA. ¿Mias? No lo entiendo. ¿Dónde están esas cartas?

RAIM. Allí.

SUSANA. Vengan. (Raimundo coge el paquete.)

RAIM. Perdóneme usted si le suplico, mi querida Susana, que me permita romper este sobre.

SUSANA. ¿Soy yo para quien trajo y dejó aquí esas cartas el señor de Jalin?

RAIM. Para usted, si señora.

SUSANA. Entonces puede usted abrir el sobre y enterarse de lo que contiene, si gusta, porque entre los dos no puede haber tuyo ni mio. Si tuvo usted curiosidad de leer esos papeles, no debió esperar mi regreso ni pedirme autorización. Vea usted lo que dicen, y tómese la molestia de explicarme el enigma, porque no le adivino.

RAIM. Yo se lo explicaré á usted, y luégo usted y yo nos entenderemos. (Rompe el sobre, coge una carta y la compara con la de Susana á Marcela.)

SUSANA. Bueno, ¿y qué?

RAIM. ¡Susana! ¿Esto es una burla?

SUSANA. ¿Una burla?

RAIM. Vea usted las cartas.

SUSANA. Son de mujer.

RAIM. Lea usted algo.

SUSANA. (Recorriendo las cartas.) Aunque poco expresivas, no hay duda que tratan de amores.

RAIM. ¿No tiene usted más qué observar?

SUSANA. No.

RAIM. ¿Sabe usted quién las ha escrito?

SUSANA. Mal puedo saberlo no estando firmadas.

RAIM. ¿No son de letra de usted?

SUSANA. ¿Cómo de mi letra? ¿Está usted loco? Ya quisiera yo escribir así.

RAIM. Entonces, ¿por qué me ha engañado Olivier con tanto aparato de verdad?

SUSANA. ¿De qué engaño se trata?: sepamos. ¿Ha dicho que las cartas son mias?

RAIM. Sí.

SUSANA. (Indignada.) ¡Segun eso, ha sido mi amante!

RAIM Así parece.

SUSANA. ¿Él lo ha dicho?

RAIM. Me lo ha dado á entender.

SUSANA. Es una broma de mal género.

RAIM. Olivier no se bromeaba cuando hemos hablado.

SUSANA. Ayer le engañó usted, diciéndole que ya no me galan-

tea, y ha querido averiguar la verdad, ó burlarse de usted para tomar el desquite. Conozco á Olivier hace mucho tiempo, y le creo incapaz de cometer una vileza. No sería otra cosa el hecho que usted le atribuye. Como en cierta ocasión me hizo la córte sin resultado, es posible que, herido su amor propio, vea con disgusto mi casamiento con usted; pero de esto á querer estorbarlo por medio de una infame calumnia, hay mucha distancia. No sé lo que ha pasado entre ustedes dos; mas repito que Olivier no puede ni imaginar siquiera una acción tan indigna.

RAIM. Yo sabré á qué atenerme.

SUSANA. ¿Duda usted?

RAIM. Es asunto que debemos arreglar él y yo. Júreme usted que en todo cuanto ha dicho Olivier no hay una palabra de verdad.

SUSANA. ¡Yo no necesito jurar nada! ¡Ah! voy viendo que no se trata de una broma, sino de una calumnia del señor de Jalin y de una traición de usted.

RAIM. ¿Una traición mia!

SUSANA. Sí, de que se vale usted para librarse del empeño que tiene conmigo.

RAIM. Me acusa usted de una infamia, señora.

SUSANA. ¿Pues de qué me acusa usted á mí?

RAIM. El señor de Jalin va á venir, y pondremos en claro la verdad.

SUSANA. ¿Cómo, necesita usted el testimonio del señor de Jalin para creer en mi probidad, para no dudar de mis palabras? ¿Qué opinión tiene usted de mí? Ultraja usted mi amor y mi dignidad, sometiéndome á una prueba humillante; usted duda de mí, me cree indigna de su estimación, y todo há concluido entre nosotros.

RAIM. Si yo no amase á usted tanto, no tendría celos.

SUSANA. Ya me lo ha dicho usted otra vez; pero no quiero ser amada así.

RAIM. Le juro...

SUSANA. ¡Basta!

RAIM. ¡Susana!

SOFIA. (Entrando.) La señorita Sancenaux pregunta si la señora está visible.

SUSANA. Que pase. Adios, Raimundo.

RAIM. No me separo de usted. (Entra Marcela.)

ESCENA VIII.

LOS MISMOS, MARCELA.

MARC. Soy yo, señora. (Desde la puerta.)

SUSANA. Entre usted, hija mia. (Á Raimundo.) Señor de Nanjac, necesito hablar con esta señorita de asuntos que á ella sólo interesan, y ruego á usted que me dispense.

RAIM. ¿Cuándo tendré el honor de volverla á ver?

SUSANA. Á mi regreso: esta noche salgo de París. (Váse Raimundo. Susana toca el timbre.)

ESCENA IX.

SUSANA, MARCELA, CRIADO.

SUSANA. (Al Criado) Si vuelve hoy el señor de Nanjac, le dice usted que no estoy en casa, y si insiste, le contesta usted que no recibo. (Váse el Criado.) He cumplido lo que prometí, y tengo que darle una mala noticia, mi querida Marcela: el marqués se interesa por usted; pero...

MARC. Pero me niega lo que le pido.

SUSANA. Desearía podérselo conceder...

MARC. Y las consideraciones sociales se oponen á ello. Doy á usted gracias, [redacted] señora, y le pido perdón de haberla molestado.

SUSANA. Yo no he tenido otra molestia que el sentimiento de no haber alcanzado lo que usted pretendía. Y es de extrañar esta negativa del Marqués, pues se interesa por usted tanto, que desea ampararla; y si encontrase usted un hombre honrado con quien casarse, él resol-

vería muy gustoso, cualquiera dificultad de intereses que pudiera impedir el matrimonio.

MARC. Le he pedido un apoyo, no una limosna. Yo no sueño en casarme.

SUSANA. Hace usted mal en hablar así: ni el Marqués ha querido ofenderla, ni el horizonte de su vida de usted es tan limitado que no deba esperar tiempos más felices. ¿Por qué desesperarse tan pronto? Acaso el hombre que su corazón de usted prefiere, acabe por corresponder á su amor, si es que ya no la ama. ¿Y si la ama á usted, quién le impedirá hacerla su esposa?

MARC. Yo no amo á nadie.

SUSANA. Bien, querida Marcela, guarde usted su secreto.

MARC. ¿No ha dicho usted que se marchaba esta noche?

SUSANA. Sí.

MARC. Entonces, es posible que no nos volvamos á ver más; pero vaya usted segura de que nunca olvidaré lo buena que ha sido para mí.

SUSANA. Yo procuraré que sepa usted dónde estoy, para que me escriba siempre que me necesite y pueda serle útil de algun modo.

MARC. Gracias. (Besa á Susana.) Adios.

SUSANA. Adios, y ¡ánimo!

CRIADO. (Anunciando.) El señor de Jalin. (Marcela se dispone á salir.)

ESCENA X.

LOS MISMOS, OLIVIER.

OLIVIER. ¿Soy yo la causa de que usted se vaya, señorita?

MARC. No, señor, iba á salir.

OLIVIER. ¡Ahora tan triste, y antes tan alegre! ¿por qué ese cambio?

MARC. Las horas se siguen unas á otras y no se parecen. Me apresuré á celebrar una esperanza que se ha convertido en humo. Las contrariedades de la vida son muy difíciles de vencer cuando quien tiene que luchar con

ellas está solo en el mundo.

OLIVIER. Usted no está sola. ¿Olvida usted que soy su amigo? ¡Ea! no quiero que esté usted triste. ¿Me permite usted que vaya á verla? Usted me contará sus penas...

MARC. ¡Oh! sí; y cuanto usted me diga que haga, eso haré.

OLIVIER. Entonces, hasta la vista. Puede que nos veamos esta tarde. (Estrecha la mano de Marcela y esta se vá.)

ESCENA XI.

SUSANA, OLIVIER.

SUSANA. ¡Qué escena tan sentimental! Sería cosa de ver que se casase usted con Marcela, después de lo que ha dicho de ella.

OLIVIER. Entonces no la conocía, y ahora la conozco.

SUSANA. Lo cual prueba que no debe uno precipitarse hablando mal de las gentes. Y á propósito de esto: usted y yo tenemos que arreglar una cuenta.

OLIVIER. ¿Qué cuenta?

SUSANA. ¡Haga usted como que no me comprende! Le há dicho usted á Raimundo que no le convenía casarse conmigo.

OLIVIER. Es verdad.

SUSANA. ¿Y le ha dicho usted por qué?

OLIVIER. También se lo he manifestado.

SUSANA. ¡Vamos! por lo ménos, tiene usted el mérito de la franqueza; lo que no impide que haya usted cometido una... ¿cómo se dice?

OLIVIER. (Como repasando la memoria.) ¿Una tontería?

SUSANA. No. Hay otro calificativo más adecuado.

OLIVIER. ¿Una falta de delicadeza?

SUSANA. Tampoco; pero anda usted cerca. Una... vi...

OLIVIER. ¿Una villanía? Acabe usted de decirlo.

SUSANA. Justamente, ¡una villanía! esa es la palabra.

OLIVIER. ¿Y por qué he cometido yo una villanía?

SUSANA. Porque, segun mi parecer, un hombre de honor debe

callar siempre lo que pueda perjudicar el crédito de una señora.

OLIVIER. Ese raciocinio prueba que, afortunadamente, usted y yo no tenemos las mismas ideas sobre el honor.

SUSANA. Dios sabe cuales serán más acertadas.

OLIVIER. Las mias.

SUSANA. ¿Y creyó usted que Nanjac no me contaria la conversación?

OLIVIER. Lo debí crer, porque me dió palabra de guardar secreto.

SUSANA. También usted me dió palabra de ser mi amigo.

OLVIEIR. De ser su amigo, sí; de ser su cómplice, no!

SUSANA. ¿Cómplice? Es duro, (Riendo.) ¡já! ¡já! ¿Sabe usted, Olivier, que sus revelaciones han redundado en provecho mio?

OLIVIER. ¡Tanto mejor!

SUSANA. ¡Está más enamorado que nunca!

OLIVIER. ¿De veras?

SUSANA. Tanto, que yo en vez de guardar á usted rencor, le estoy agradecida. ¿Es posible que un hombre de talento como usted, no haya visto que caía en un lazo?

OLIVIER. ¿En un lazo?

SUSANA. Justamente. Ha querido usted luchar conmigo. ¿Ignora usted aun, que la mujer más simple, y yo no me tengo por tal, es cien veces más astuta que el hombre de mayor ingénio? Ya me figuré ayer que despues de su conversación de usted con Raimundo, nuestro tratado de amistad no debía inspirarme gran confianza, y que al saber usted el casamiento de Nanjac, consideraría cargo de conciencia el consentirlo, y me declararía la guerra. Así fué. Para defenderme, nada mejor que desacreditar la verdad, convirtiendo en calumnia su primera revelación de usted, con lo cual no volvería á ser creido; y por eso le rogué que trajese hoy mismo las cartas. Esta prevención mia debió ponerle sobre aviso: pues no soy tan nécia que pida al enemigo las armas con que puede ofenderme; pero

usted no sospechó nada, y tomándolo por lo sério, se vino muy inocente con sus cartitas en el bolsillo. Al aproximarse la hora en que debía usted llegar, salí para dejarlo solo con Raimundo; usted hizo su papel de hombre honrado, y dando á entender lo que usted había sido para mí, halló medio de entregarle mis cartas... Vuelvo; Nanjac, que no conocía mi letra, me hace escribir en su presencia; compara los manuscritos, y...

OLIVIER. ¿Y?...

SUSANA. Y como las letras no se parecían, quedó convencido de que soy víctima de una calumnia. Me adora, y no tiene otro afán que obtener mi perdón y andar á estocadas con usted. ¿Es posible que á pesar de su mucha experiencia, no conozca usted que el medio más seguro y casi infalible de malquistarse con el mejor amigo, es hablarle mal de la mujer que ama, aun cuando se le pueda probar la acusación, y sobre todo, si se le prueba? Le he despedido en castigo de sus sospechas; le he dicho que no quería verle más; que me marcho hoy de París, ¿qué se yo?: todo cuanto sabe decir en casos tales una mujer que conoce el corazón humano. También le declaré que jamás sería su esposa; y antes de diez minutos volverá aquí, y dentro de ocho dias estaremos casados. Ahí tiene usted lo mucho que le debo, mi excelente amigo.

OLIVIER. ¿De modo que tiene usted dos letras?

SUSANA. No, sólo tengo una, que es mucho tener, y bastante mala por cierto.

OLIVIER. ¿Fues cómo se explica?...

SUSANA. Vamos, se lo diré todo de buen grado, porque soy muy condescendiente, y no le quiero mal. Sepa usted, mi querido amigo, que cuando una mujer, como yo, ha empleado diez años en construir... (Permítame usted que me valga de esta figura), en construir piedra por piedra, átomo por átomo el edificio de su vida, procurando cuidadosamente alejar de él todo elemento des-

tructor, no había de consentir el más peligroso: la manía de escribir. Casi todas las mujeres que llegan á encontrarse comprometidas, deben su desdicha á las cartas que escribieron. Así, pues, juré no escribir nunca ni una sola carta que pudiera comprometerme, y he cumplido mi palabra.

OLIVIER. ¿Entonces, las cartas que he recibido de usted?...

SUSANA. Eran de la señora de Santís, la mas grande escribidora que se conoce. Valentina estuvo conmigo en Báden, y deseando complacerme, se encargó muy gustosa de contestar á usted en mi lugar. Las cartas no debían llevar firma, y nunca me enteré de ellas.

OLIVIER. (Saludando.) ¡Admirable!... Confieso que es usted un adversario de primera fuerza, y me doy por vencido.

SUSANA. Ahora, hablemos en sério. ¿Con qué derecho ha obrado usted así? ¿Qué mal le hice yo? Si Nanjac fuera su hermano, un compañero de la infancia, un amigo antiguo, pase; pero si no hace ocho dias que usted le conoce! Además, ¿se considera usted completamente imparcial? ¿Está usted seguro de no haber sido impulsado por un resentimiento de amor propio? Dirá usted que no me ama, y que yo amo á otro: es verdad; pero siempre queda algun cariño, entre las personas que se han amado. ¡Cómo! Porque le plugo á usted solicitar mi amor, porque yo no le desdeñé, porque le amé quizá, ¿hay razón para que procure usted destruir la felicidad de toda mi vida? ¿Le comprometí jamás? ¿le arruiné?, le engañé siquiera? Confieso que no soy digna de la posición que ambiciono; ¿pero es justo que usted, despues de haber contribuido á mi falta de merecimiento, procure cerrarme el camino único que me puede redimir? No amigo mio, esto no es justo; y ménos aún, que para combatirme convierta usted en armas ofensivas los favores que de mí recibió. El hombre que logra ser amado de una mujer, poco ó mucho, pero sin interés de ningun género, debe quedar eternamente agradecido, y cuanto haga por ella, nunca

será tanto como lo que ella hizo por él.

OLIVIER. Todo eso es verdad. Y hasta concedo que, creyendo obedecer á la voz del honor, he podido dejarme llevar de una pasión invencible: los celos. Por consideración á Raimundo tenía necesariamente que hablar, y por usted he debido callarme; pero en lo sucesivo me atendré al proverbio que dice: «la palabra es plata y el silencio, oro.»

SUSANA. Es cuanto deseaba escuchar de sus labios de usted. Ahora...

OLIVIER. ¿Ahora?...

SUSANA. (Viendo entrar á Sofía.) Nada. (Á Sofía.) ¿Qué pasa?

SOFIA. El señor de Nanjac está ahí.

SUSANA. Ya dí mis órdenes respecto de él.

SOFIA. Insiste en ver á la señora; le he contestado que la señora no recibía; y me ha dicho que si estaba aquí el señor de Jalin, desearía hablarle.

SUSANA. Dí al señor de Nanjac, que entre.

OLIVIER. ¿Le vá usted á recibir?

SUSANA. No: usted le recibirá, y ahora puede usted decirle lo que juzgue más conveniente. Recuerde usted tan solo, que Raimundo me ama, que le amo, y que lo que yo quiero se hace. Hasta más ver. (Váse.)

ESCENA XII.

OLIVIER, despues RAIMUNDO.

OLIVIER. ¡Acabemos de una vez para siempre! (Á Raimundo que entra.) ¿Desea usted hablarme, amigo Raimundo? La Baronesa ha salido, y estamos solos. Ya le escucho.

RAIM. Olivier, no quisiera olvidar todavía que le he llamado mi amigo. Creí que lo era, y sin embargo...

OLIVIER. ¿Sin embargo?...

RAIM. Me ha engañado usted.

OLIVIER. No. (Secamente.)

RAIM. Escúcheme usted. Estoy resuelto á no creer en nada sin pruebas, y la señora D'Ange me ha probado lo

contrario de lo que usted afirmó. Dijo usted que nunca fué casada; y yo he visto con mis propios ojos su contrato matrimonial. ¿Alegará usted que es falsa el acta de matrimonio?

OLIVIER. No.

RAIM. Dijo usted que no era viuda; y también he visto la partida de defunción de su esposo. ¿Sostiene usted que es ilegítimo dicho documento?

OLIVIER. No.

RAIM. Vengo de casa del Marqués de Thonnerins, á quien he interrogado; y me ha dicho que nada sabe acerca de la Baronesa. Por último, esas cartas que usted me aseguró ser de la señora D'Ange...

OLIVIER. No lo son, ya lo sé. Me las escribió una amiga suya haciéndome creer que eran de la Baronesa, y ambas se burlaban de mí. No soy yo, pues, quien ha engañado á usted: el engañado soy yo; creí necesario advertir á usted, y no había tal necesidad; allí donde mi suspicacia imaginó ver algo censurable en la Baronesa, nada existía; finalmente, queriendo probar á usted que era su amigo, me he probado á mí propio que soy un necio.

RAIM. ¿Luego se retracta usted de cuanto ha dicho?

OLIVIER. De todo. Es de buena familia y Baronesa, fué casada, quedó viuda, ama á usted, nunca tuvo conmigo otras relaciones que la de una cortés amistad, y la considero digna de usted. El que dijere lo contrario, será un calumniador; puesto que es calumniosa toda acusación que no se puede probar. Adios, Raimundo. La señora D'Ange podrá tener razón para estar resentida conmigo; pero usted sólo debe culparme de torpeza. Adios.

RAIM. Adios! (Váse Olivier.)

ESCENA XIII.

RAIMUNDO, despues el CRIADO.

RAIM. Algo oculta este hombre, y yo necesito averiguar hasta el último secreto de su corazón. (Toca el timbre.)

CRIADO. La señora Baronesa ha salido, y no volverá hasta muy tarde.

RAIM. (Sentándose.) Está bien. Esperaré.

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

Gabinete en casa de Susana.

ESCENA PRIMERA.

SUSANA, el MARQUÉS, CRIADO.

CRIADO. (Anunciando.) El señor Marqués de Thonnerins.

MARQ. Buenos dias, Baronesa.

SUSANA. ¿Á qué debo su agradable visita, querido Marqués?

MARQ. Vengo á preguntarle si mi Notario ha facilitado á usted cuanto le debía entregar.

SUSANA. Todo, y le doy á usted gracias.

MARQ. También deseaba saber de usted.

SUSANA. Estoy buena.

MARQ. ¿Y el matrimonio?

SUSANA. ¿Mi matrimonio?

MARQ. Sí, ¿cuando se efectúa?

SUSANA. ¿Ignora usted lo que pasa? Ya se vé, como no le he visto hace bastante tiempo...

MARQ. Nada sé.

SUSANA. (Suspirando.) ¡Tenía usted razon, señor Marqués: yo era demasiado ambiciosa! ¡Hay cosas imposibles!

MARQ. ¿Lo confiesa usted?

SUSANA. Es preciso.

MARQ. Cuénteme usted.

SUSANA. Han hablado de mí.

MARQ. ¿Quién?

SUSANA. Una persona que merecía toda mi confianza: el señor de Jalin.

MARQ. ¿Es él quién ha enterado al señor de Nanjac?

SUSANA. ¿Conoce usted el nombre del que pretendía ser mi esposo?

MARQ. Sí. Y ¿qué ha hecho el señor de Nanjac?

SUSANA. Al principio creyó á Olivier; pero despues, como está enamorado, ha creido en mí.

MARQ. ¿Es decir que sigue enamorado?

SUSANA. Aun me ama; pero desconfiado y celoso, vigilando todas mis acciones, afligiéndome continuamente con preguntas y reproches. Y si esto hace ahora ¿qué debo esperar de él si llegara á ser mi marido? Créame usted, no me siento con fuerzas para realizar ese proyecto, que era toda mi ambición.

MARQ. ¿Luego el matrimonio no se llevará á cabo?

SUSANA. No. Conservo mi independencia y me retiro á Italia. Allí preguntan ménos á las mujeres de dónde vienen; y con tal de que tengan fortuna, buen trato y una figura regular, se da entero crédito á cuanto dicen.

MARQ. ¿Y cuando marcha usted?

SUSANA. De aquí á tres ó cuatro dias.

MARQ. ¿Sola?

SUSANA. Con mi doncella.

MARQ. ¿El señor de Nanjac ignora ese viaje?

SUSANA. Por supuesto.

MARQ. ¿Y no le dirá usted el punto á que vá?

SUSANA. Si yo quisiese continuar viéndole, no abandonaría á París. Me voy precisamente para cortar unas relaciones que han llegado á ser imposibles.

MARQ. Felicito á usted y me felicito de que haya tomado esa resolución. Su talento de usted y su buen sentido han hecho lo que la necesidad le hubiera obligado á hacer.

SUSANA. (Como distraida.) ¿Cómo es eso?

MARQ. La casualidad, que suele mezclarse en lo que no le importa, ha querido que mi hermana sea amiga de la del señor de Nanjac; la cual refirió á la mia lo del proyectado matrimonio; y así, de boca en boca, vine á averiguar el nombre que no quise que usted me revelase. Pero esto no es todo: Raimundo fué en persona á pedirme noticias de usted. Yo, como hombre atento, no le confié nada entonces, prefiriendo dejar á su cuidado de usted la resolución de este conflicto; y hoy vengo á repetirle lo que ya le dije otra vez: el dia en que por cualquier circunstancia conozca al hombre que quiere casarse con usted, le diré toda la verdad. He retardado un poco el cumplimiento de esta prevención, y me alegro, si es exacto que está usted resuelta á no efectuar ese matrimonio.

SUSANA. Hablo á usted sinceramente. El señor de Nanjac vá á recobrar mañana mismo su libertad absoluta.

MARQ. Así conviene. Que sea usted feliz es mi deseo. Adios, Baronesa, y no olvide esta conversación.

SUSANA. Jamás olvido nada. (Sale el Marqués en el momento que Valentina entra. Se saludan.)

ESCENA II.

SUSANA, VALENTINA en traje de viaje.

VALENT. (Mirando á la puerta por donde salió el Marqués.) ¿No es ese el señor Marqués de Thonnerins?

SUSANA. Sí.

VALENT. ¡Tan pollo como siempre!

SUSANA. ¿Á dónde va usted en ese traje?

VALENT. Parto.

SUSANA. ¿Cuándo?

VALENT. Dentro de una hora.

SUSANA. ¿Para?...

VALENT. Para Lóndres, de allí á Bélgica, luégo á Alemania, y

despues... ¿qué sé yo?

SUSANA. ¿Con?...

VALENT. Sí, voy acompañada.

SUSANA. ¿Y el pleito?

VALENT. Desisto. Antes de promoverlo consulté con el abogado, le propuse mis quejas y me dijo: «Créame usted, señora, lo que más le conviene, lo mejor que puede hacer, es dejar en paz á su marido.» Así pues, me marcho de París.

SUSANA. Hace muchos dias que no he visto á usted.

VALENT. ¡Si he estado tan atareada!... Primero, mis compras para el viaje. Dicen que no se encuentra nada en Inglaterra. Despues, tuve que anular el contrato de arrendamiento de la calle de la Paz, abonando un año de alquiler para que me dejasen sacar los muebles; y como no estaban pagados, al devolvérselos al tapicero, éste me ha exigido una buena indemnización. Pero ya salí de todos los apuros, y héteme aquí libre como el aire.

SUSANA. Extrañaba que no me hubiese usted dicho el resultado de la comisión que le confié!

VALENT. Á eso vengo.

SUSANA. Ya escucho.

VALENT. Escribí á la señora de Lornan una carta anónima procurando disfrazar mi letra.

SUSANA. Muy bien.

VALENT. En aquella carta le decía que una dama que se toma por ella el más vivo interés, pero que no puede revelar su nombre, tenía absoluta precisión de hablarla. Y recomendándole mucha discreción con frases por donde ha podido adivinar que se trataba de Olivier, le pedí una cita para antenoche en las Tullerías.

SUSANA. ¿Y acudió á la cita?

VALENT. Sí. Estaba muy oscuro; yo iba cubierta con un velo, y era imposible distinguir mis facciones; pero ví las suyas, y en verdad que es hermosa mujer.

SUSANA. ¿Y usted qué le dijo?

VALENT. Ce por be, lo que usted me indicó: que Olivier la engaña, que está enamorado de Marcela, que quiere casarse con ella, lo cual es una locura, hasta una desgracia, ¡puesto que la jóven es indigna de él. Dí á entender á la señora de Lornan que la consideraba solamente como una buena amiga de Olivier; y en efecto no es más que su amiga; pero le ama y está celosa.

SUSANA. ¿Le habló usted de mí?

VALENT. Nada, hasta que ella me preguntó. Entonces dije que conocía á usted, que estaba usted enterada del asunto, y que entre las dos podrían ustedes estorbar esa boda; que se trataba de prestar un servicio á Olivier, y que no tenía más que venir aquí para ponerse de acuerdo con usted. Titubeó largo rato; me exigió promesa formal de que al llegar aquí estaría usted sola; se lo prometí, y vendrá á las dos. La pobre señora parece muy sencilla, y debe estar locamente enamorada. ¿Quién había de presumir que Olivier fuese capaz de inspirar semejantes pasiones? ¿Sabe usted de él?

SUSANA. Sí... porque me ha escrito.

VALENT. ¿Qué le dice á usted?

SUSANA. Que me ama; que si quiso impedir mi matrimonio, fué porque sigue enamorado de mí...

VALENT. Puede que sea verdad...

SUSANA. ¡Puede ser!; pero tengo indicios para sospechar que no hay tal cosa. Me pide una entrevista en su casa, bajo pretexto de que quiere darme una explicación, y que no puede ser en otro sitio.

VALENT. Eso tiene todo el aspecto de una emboscada, dispuesta de acuerdo con su amigo.

SUSANA. ¿Quién sabe? Sin embargo, me consta que Olivier y Raimundo están á matar.

VALENT. ¡Si Raimundo le diera una estocada para enseñarle á no mezclarse en asuntos ajenos, cuánto me alegraría! Yo no puedo aguantar á Olivier. Él es quien ha levantado de cascos á Hipólito. ¡Ay, amiga mia!, cuando se presente ocasión de jugarle una mala pasada, no deje

usted de hacerlo por escrúpulo, ni por falta de ayuda: aquí estoy yo, y hasta cargaré con la responsabilidad si fuese necesario.

SUSANA. Pierda usted cuidado: no soy mujer que olvida lo que le deben. ¿De qué servirían las ofensas si se perdonasen? Olivier dijo á Nanjac, entre otras cosas, que no deben llevarse á nuestras casas las mujeres de honor; y hoy se encontrará en la mia con la señora de Lornan. Espero que al verla aquí, modificará sus ideas.

VALENT. ¿Vá á venir Olivier?

SUSANA. Sí, le he llamado.

VALENT. Se pondrá furioso...

SUSANA. ¡Que se ponga! Á la menor palabra mal sonante, tendrá que habérselas con Raimundo, y como no creo que lo desee, recibirá la lección y se callará.

VALENT. ¡Qué desgracia verme precisada á partir! Vamos, adios. Escríbame usted á Lóndres, lista de Correos, con direccion á la señorita Rosa, que es el nombre de mi criada. Hasta ponerme en salvo, no quiero que mi marido sepa donde estoy. ¡Me hace tan poca gracia dejar á París!... ¡Se divierte una tanto en esta capital!... Pero no hay otro remedio. Vaya, adios.

SUSANA. ¿Me dará usted noticias suyas?

VALENT. No dejaré de escribir... Adios. Á la señorita Rosa. (Nanjac entra por una puerta en el momento que Valentina sale por otra.)

ESCENA III.

SUSANA, RAIMUNDO.

SUSANA. Esta es una de las que tampoco recibiré más cuando me case. (Á Raimundo.) Estaba impaciente por verte.

RAIM. Todo está dispuesto.

SUSANA. ¿El contrato?...

RAIM. Lo firmaremos mañana.

SUSANA. ¿Y cuándo partiremos?

RAIM. Cuando tú dispongas.

SUSANA. ¿Me amas siempre?

RAIM. ¿Y tú, Susana?

SUSANA. ¿Dudarás aún? ¡Oh! ¡Sí! Te amo mucho.

RAIM. Y dí, ¿has vuelto á hablar con Olivier?

SUSANA. No. ¿Por qué lo preguntas?

RAIM. Porque le acabo de ver con su amigo Hipólito, y me pareció que venía hácia aquí.

SUSANA. Aquí viene en efecto.

RAIM. Estaba en la creencia de que no lo recibirías más. Te lo supliqué, y me lo prometiste.

SUSANA. Me ha escrito que tenía qne hablarme. Le recibiré como si nada hubiese pasado, como si no supiera nada, y te aconsejo que hagas también por tu parte lo mismo.

RAIM. Ve á disponer lo que falte que prevenir para la reunión de mañana. Deseo que mi matrimonio se anuncie oficialmente á todos nuestros amigos, incluso Olivier, á quien voy á recibir yo mismo para ser la primera persona que encuentre aquí. Quiero que comprenda bien la consideración que yo tengo, y la que él debe tener en tu casa. Soy contigo en seguida. (Váse Susana.)

ESCENA IV.

RAIMUNDO, OLIVIER é HIPÓLITO.

CRIADO. (Anunciando.) Los señores Jalin y Richond.

RAIM. (Saludando con frialdad.) Caballeros...

OLIVIER. ¿Cómo vamos de salud, Raimundo?

RAIM. Muy bien; gracias.

OLIVIER. ¿No está visible la Baronesa?

RAIM. Me ha encargado suplique á ustedes que la esperen; vendrá dentro de poco. Señores... (Váse.)

ESCENA V.

HIPÓLITO, OLIVIER.

OLIVIER. ¡Qué cara!

HIPOL. No debías esperar mejor recibimiento. ¿Á qué vienes aquí? Si ya saliste del compromiso en que te puso esa... mujer, ¿para qué volver á empezar? ¿No has cumplido ya tu deber de caballero? Nanjac quiere á todo trance casarse con la Baronesa, porque, como Guzman, no repara en obstáculos: vaya con Dios, y que buen provecho le haga.

OLIVIER. Dices bien, y mi decisión era no mezclarme más en este asunto; pero Susana acaba de provocarme nuevamente, sin que yo le haya dado el menor motivo.

HIPOL. Tú no deseabas otra cosa que un pretexto para venir.

OLIVIER. Es posible; razón demás para aprovechar la ocasión que ella me ofrece al llamarme á su casa.

HIPOL. Sepamos qué provocación es esa.

OLIVIER. Una carta anónima, escrita á la señora de Lornan por tu mujer.

HIPOL. ¿Por mi mujer?

OLIVIER. Sí; aunque la letra estaba disfrazada, la he reconocido. Esa carta, en que se pedía una cita á la señora de Lornan, me la enseñó su doncella, y supongo que se trata de una nueva intriga de Susana; pero que ande con cuidado, porque si intenta la menor cosa en perjuicio de la señora de Lornan, juro deshacer de ta modo su proyectada unión con Raimundo, que me dejo colgar si puede recoger un solo pedacito para reliquia.

HIPOL. ¡Si yo hubiese comenzado por hacer prender á Valentina, tendríamos un enemigo ménos!

OLIVIER. Cuando supe lo ocurrido, escribí á Susana suplicándole que fuese á mi casa; pero desconfiando sin duda de mí, contestó que me espera hoy en la suya. Déjame echar el anzuelo, y no hagas ruido, que antes de una hora habrá mordido el pez.

ESCENA VI.

LOS MISMOS, la VIZCONDESA.

VIZC. (Muy agitada.) ¿En dónde está Susana?

OLIVIER. ¿Qué tiene usted, mi querida Vizcondesa? ¡Llega usted como un huracán!

VIZC. ¡Estoy furiosa!

OLIVIER. Como siempre la he visto á usted alegre, y es agradable la variedad, celebro encontrarla de tan mal talante.

VIZC. No tengo humor para bromitas.

OLIVIER. Entonces, contestaré á su pregunta de usted con toda seriedad. La Baronesa está con el señor de Nanjac, y nosotros la aguardamos.

VIZC. (Llevando á Olivier aparte, dice á Hipólito.) Con el permiso de usted, caballero... (Á Olivier.) ¿Sabe usted lo que ha hecho Marcela?

OLIVIER. Ha dicho á Raimundo que no quería casarse con él.

VIZC. Es verdad.

OLIVIER. Puesto que no le ama.

VIZC. ¡Bonita razón! Pero no es esto sólo: cuando entré esta mañana en el cuarto de Marcela, no había nadie.

OLIVIER. Habia una carta.

VIZC. Sí, una carta en que me anuncia haber encontrado medio de no serme ya más gravosa, y me asegura que su resolución es muy digna, que no debo temer nada, que no tendré que sonrojarme por su conducta, etc., etc.

OLIVIER. También le dice á usted que vuelve al colegio donde la educaron.

VIZC. Pero ¿ha visto usted á mi sobrina?

OLIVIER. Vengo de hablar con ella.

VIZC. ¿En dónde?

OLIVIER. En su colegio.

VIZC. ¿Y cómo ha sabido usted que está allí?

OLIVIER. Ella me escribió.

VIZC. ¿Á usted?

OLIVIER. Si señora.

VIZC. ¿A qué santo?

OLIVIER. Como yo le aconsejé que se fuera donde está, me dá cuenta de haber seguido mis consejos.

VIZC. ¿Y á usted quién le mete?...

OLIVIER. El interés que tengo por Marcela.

VIZC. ¿Será usted también quien le ha aconsejado que deje á París?

OLIVIER. Precisamente; y mañana se marcha con una buena colocación que le ha proporcionado la directora del colegio.

VIZC. ¿Una colocación?

OLIVIER. En Besançon, en casa de una excelente familia. Va á dar lecciones de inglés y de música á una niña, por ochocientos francos anuales, casa y mesa.

VIZC. ¡Una Sancenaux, la hija de mi hermano deshonrar así á su familia! ¡una Sancenaux institutriz!

OLIVIER. ¿Á eso llama usted deshonrar la familia? Mi querida Vizcondesa, diga usted al que le vendió la lógica, que le ha robado el dinero. Debe haber sido el señor de Latour.

VIZC. ¿Cómo casarla nunca, despues de semejante escándalo?

OLIVIER. Puede que se case más pronto ahora que siguiendo en su casa de usted.

VIZC. No lleva ese camino.

OLIVIER. Por todos se vá á Roma, y con frecuencia el más largo suele ser más seguro.

VIZC. Está bien: lo veremos. Yo he hecho por ella cuanto he podido. Despues de todo, no es mi sobrina.

ESCENA VII.

LOS MISMOS, SUSANA, luégo RAIMUNDO.

SUSANA. Buenos dias, Vizcondesa.

VIZC. Muy buenos, hija mia.

SUSANA. ¿Qué tiene usted?

VIZC. Ya se lo contaré más tarde. Traigo á usted aquello que tuvo la bondad de facilitarme... (Le da un billete de Banco recatándose de Olivier y de Hipólito.)

SUSANA. No corría prisa.

VIZC. ¡Gracias! Pero he podido reunir algunos fondos...

SUSANA. (Á Hipólito.) Mucho agradezco á usted, caballero, que tenga la amabilidad de hacerme una visita con el señor de Jalin.

HIPOL. Temí ser indiscreto, pero mi amigo...

SUSANA. Los amigos de Olivier lo son mios.

HIPOL. Gracias, señora.

SUSANA. (Á Olivier.) ¿Usted por aquí?

OLIVIER. Yo por aquí. (Habla reservadamente.) Me escribió usted que viniese á verla.

SUSANA. Con objeto de saber lo que tiene usted que decirme.

OLIVIER. Ya se lo he escrito á usted.

SUSANA. ¿Que me ama?

OLIVIER. Que la amo á usted.

SUSANA. ¿Y para eso pretendía usted atraerme á su casa? ¡Húm! Si era su deseo que, prevenido Nanjac, me viese entrar en ella, ó no tiene usted grandes condiciones de extratégico, ó me considera poco ménos que imbécil.

OLIVIER. ¿No me cree usted?

SUSANA. No.

OLIVIER. Está bien, adios.

SUSANA. Quédese usted. Tengo que enseñarle una cosa.

OLIVIER. ¿El qué?

SUSANA. Ya lo verá usted. Es una sorpresa que le preparo. (Durante esta conversación ha entrado Raimundo, el cual habla con la Vizcondesa é Hipólito.) Señora Vizcondesa, usted debe conocer á la señora de Lornan?

VIZC. La conocí mucho en otro tiempo, pero nos hemos perdido de vista.

SUSANA. Dicen que es muy virtuosa.

VIZC. Tiene esa opinión.

SUSANA. Que es muy escrupulosa para elegir sus relaciones.

VIZC. Trata con poca gente.

SUSANA. Pues vá á venir. Se la presentaré á usted, mi querido señor de Nanjac, y conocerá á una mujer encantadora.

OLIVIER. Dudo que venga.

SUSANA. ¡Ah! de seguro. Pero ahora que recuerdo, usted conoce mucho á la señora de Lornan, amigo Olivier.

OLIVIER. Por lo mismo, apostaría que no viene á esta casa, ó que si viene no entrará en ella.

SUSANA. ¿Qué apostaría usted?

OLIVIER. Lo que usted quiera; lo que una señora puede apostar: una libra de dulces, un ramo de flores...

SUSANA. Pues yo sostengo la apuesta, (Viendo entrar al criado.) y me parece que voy á ganarla muy pronto. ¿Qué hay?

CRIADO. Una señora que desea hablar con la señora Baronesa.

SUSANA. ¿Ha dicho su nombre?

CRIADO. No ha querido decirlo.

SUSANA. Pues contestéle usted que lo manifieste, porque no recibo á gente desconocida. (Sale el Criado.)

OLIVIER. (Bajo á Raimundo.) Raimundo, en nombre de lo que más estime sobre la tierra, impida usted que éntre la señora de Lornan.

RAIM. ¿Por qué?

OLIVIER. Porque de esta visita podría resultar una gran desgracia.

RAIM. ¿Para quién?

OLIVIER. Para varias personas.

RAIM. No puedo complacer á usted. La señora D'Ange es dueña de recibir en su casa á quien tenga por conveniente.

OLIVIER. Está bien.

CRIADO. (Volviendo.) La señora de Lornan pregunta si la señor Baronesa puede recibirla.

SUSANA. Sí, que entre.

OLIVIER. ¡Desgraciada! (Corre á la puerta y sale.)

ESCENA VIII.

LOS MISMOS ménos OLIVIER.

HIPOL. ¡Señora, quiera Dios que no tenga usted que sentir lo que acaba de hacer!

SUSANA. Jamás hice nada de que haya tenido que arrepentirme. (Á Raimundo que se dispone á salir.) ¡Estése usted quieto! Olivier vá á ofrecer el brazo á la señora de Lornan. Perdió la apuesta, y cumple como hombre galante. (Raimundo se dirige hácia la puerta, la cual se abre y Olivier aparece.)

ESCENA IX.

LOS MISMOS, OLIVIER.

RAIM. ¿De dónde viene usted, caballero?

OLIVIER. Vengo de decir á la señora de Lornan que yo no quiero que entre aquí.

RAIM. ¿Y con qué derecho?

OLIVIER. Con el que tiene un hombre de bien para impedir que se lastime el honor de una señora.

SUSANA. Sobre todo, cuando dicha señora es la querida del hombre de bien.

OLIVIER. ¡Eso es una infame calumnia!

RAIM. ¡Caballero! acaba usted de insultar á una señora delante de mí, y no se lo aguanto ni consiento.

OLIVIER. Hace ocho dias, señor de Nanjac, que anda usted deseando encontrar ocasión oportuna para buscarme una querella, y yo he venido aquí con el único objeto de proporcionarle esa oportunidad. ¿Cree usted que con una estocada podrán disiparse las nubes que le traen tan inquieto? Estoy á sus órdenes.

RAIM. Dentro de una hora irán mis padrinos á su casa de usted.

OLIVIER. Muy bien: allí los aguardo. Vamos, Hipólito. (Váse con

Hipólito.)

SUSANA. ¡Raimundo!

RAIM. Espéreme usted Susana, vuelvo en seguida. (Váse.)

ESCENA X.

SUSANA, LA VIZCONDESA.

VIZC. ¡Una provocación en su casa de usted, querida amiga, y entre dos hombres tan unidos desde hace algunos dias! ¿Cómo ha sido esto?

SUSANA. No sé nada.

VIZC. ¿Pero usted no consentirá que se verifique ese duelo?

SUSANA. Será preciso que lo impida: he conseguido otras cosas mucho más difíciles.

VIZC. ¿Puedo ayudar á usted en algo?

SUSANA. No, gracias.

VIZC. Pues entónces, no le quiero quitar el tiempo que necesita para arreglar este asunto. Ya me tendrá usted al corriente de todo.

SUSANA. Sí: yo me pasaré por su casa de usted; si no, vuelva usted luégo á verme. Será lo mejor.

VIZC. Hasta la tarde. (Saliendo.) Algo sabe y no me lo quiere decir. (Váse.)

ESCENA XI.

SUSANA sola.

Seguramente el tal Olivier es más bravo de lo que yo creía; y en verdad que tiene la razón de su parte. ¡Ah! no hay nada tan hermoso como obrar bien!... Si esto hace no amando á la señora de Lornan, ¿qué haría si la amase?

CRIADO. (Saliendo con una carta.) Esta carta para la señora Baronesa.

SUSANA. Bien está: retírese usted. (Abre la carta.) Es del Marqués. (Lee.) «Me ha engañado usted, pues sé que ha

vuelto á ver al señor de Nanjac, y que á pesar de mi prohibición, insiste en llevar á cabo el matrimonio. Concedo á usted una hora para romper su compromiso; y si dentro de este breve plazo no quedan cumplidos mis deseos, se lo revelaré todo al señor de Nanjac.» ¡Oh! ¿Cómo borrar este sello de ignominia que abrasa mi frente? ¿Cómo huir de este fantasma de mi pasado que me persigue y me amenaza con tormento peor que la muerte? ¿Se lo confesaré todo á Raimundo?... ¡No! Lucharé hasta el fin. (Llama con el timbre.) Ganemos tiempo, que es lo principal. (Escribe y dice á Sofía que ha entrado.) Vas á ir á casa del Marqués de Thonnerins, y le entregarás esta carta en su propia mano. Cierra esa puerta. (Señalando aquella por donde salió Raimundo.)

ESCENA XII.

SOFÍA, SUSANA, RAIMUNDO.

SOFIA. (En el momento en que vá á cerrar la puerta.) Señora, el señor de Nanjac.

SUSANA. (Cerrando tranquilamente su carpeta.) Está bien. Vete, Sofía; ya harás este recado más tarde. (Sofía sale.) ¿Qué hay, amigo mio?

RAIM. Fuí á buscar dos camaradas, dos oficiales. para rogarles que me sirvan de padrinos. No estaban en sus casas, y les he dejado cuatro letras.

SUSANA. Raimundo, ese duelo no se verificará.

RAIM. ¿Estás loca, Susana? Yo arreglo las cuestiones de Latour y de Maucroix, pero no dejo que arreglen las mias. Esto, sin contar con que Olivier tiene razón: le ódio.

SUSANA. Raimundo, yo hasta ahora no te he proporcionado otra cosa que penas y desgracias: renuncia á mí para siempre.

RAIM. Serás mi mujer, te lo juro, me lo he jurado á mí mismo, y cumpliré mi juramento. Pero como tengo un

duelo pendiente, y pudiera suceder que me tocase morir, pues en tales casos no vale más un hombre que otro, y el señor de Jalin, que es valiente, se defenderá bien, no quiero correr este peligro sin cumplir antes mi promesa. (Se aproxima á la mesa y va á abrir la carpeta.)

SUSANA. (Con un movimiento involuntario.) ¿Qué vás á hacer?

RAIM. Escribir á mi Notario para que venga. Tendrás la bondad de disponer que le lleven la carta.

SUSANA. Es inútil.

RAIM. ¿Qué te sucede? ¿No habíamos convenido en que hoy?...

SUSANA. Sí; pero tienes tiempo de sobra.

RAIM. Al contrario, tengo muy poco.

SUSANA. Lo que tu quieras. Voy á darte recado de escribir.

RAIM. Aquí habrá lo que me hace falta.

SUSANA. No.

RAIM. ¿Cómo no, si estabas escribiendo cuando yo vine?

SUSANA. Te suplico que no abras la carpeta, Raimundo.

RAIM. No la abro, puesto que escribes cosas que yo no debo ver.

SUSANA. ¡Otra sospecha aún!

RAIM. No, mi querida Susana, no; y ya que tienes secretos para mí, quiero respetarlos. (Se aleja de la mesa.)

SUSANA. Abre, pues, y lee.

RAIM. ¿Me lo permites? (Susana se levanta.)

SUSANA. Sí. (Raimundo va á abrir, Susana vuelve á sentarse, y le detiene.) ¿Sabes que eres bastante desconfiado?

RAIM. ¿Yo? Ahora no tengo sino curiosidad. Me autorizas para mirar, y miro.

SUSANA. (Sujetando la carpeta con su mano.) ¿Prometes no burlarte de mí?

RAIM. Lo prometo.

SUSANA. ¡Si supieras de qué se trata!

RAIM. Vamos á verlo.

SUSANA. ¡No es nada lo que vas á descubrír cuando te enteres de los encargos que prevengo para nuestro viaje!

RAIM. ¿Qué encargos?

SUSANA. Trapos y nada más, hijo mio: enaguas bordadas, trajes

de camino y de campo, batas... ¿qué se yo? ¡Mira qué noticias tan interesantes para un hombre!

RAIM. ¿Es ese todo el secreto?

SUSANA. Ese es.

RAIM. ¿De modo que escribías á tu modista?

SUSANA. Sencillamente. (Deja libre la carpeta.)

RAIM. ¿Y que mientras yo busco padrinos para batirme, tú te entretienes encargando vestidos y moños? ¿Qué es esto, Susana? ¿Me tomas por un simple?

SUSANA. ¡Raimundo!

RIAM. Quiero saber á quien escribías.

SUSANA. ¡Ah! ¿Resueltamente?... ¡Pues bien, no lo sabrás! (Abre rápidamente la carpeta, y coge la carta.)

RAIM. ¡Mira lo que haces!

SUSANA. ¡Amenazas!... ¿y con qué derecho? Adios gracias, no soy aún tu mujer. Estoy aquí, en mi casa, libre, dueña de mis acciones, como yo dejo á usted libre y dueño de las suyas. ¿Le pregunto yo á usted? ¿Le registro sus papeles?

RAIM. ¡Esa carta!

SUSANA. ¡No la tendrá usted, se lo repito! Jamás cedí á la violencia; he dicho la verdad: piense usted cuanto se le antoje.

RAIM. Pienso que me engaña usted.

SUSANA. No diré que no.

RAIM. (Con voz amenazadora.) ¡Susana!...

SUSANA. ¡Basta, caballero! Devuelvo á usted su palabra y recojo la mia; no hay nada de comun entre los dos.

RAIM. Ya empleó usted ese medio otra vez para sellar mis labios; pero ahora es inútil.

SUSANA. ¿Qué hombre es este, Dios mio!

RAIM. Un hombre que no le ha pedido á usted otra cosa cambio del nombre honrado que le daba, sino sinceridad; un hombre á quien juró usted que nada tenía de que avergonzarse; un hombre que mañana se batirá con otro, de cuya honradez no puede dudar, por sostener su honra de usted, de la que duda; un hombre,

en fin, que desde hace quince dias anda perdido entre mentiras y dobleces, sin reclamar otra prueba que la franqueza y la confianza, y que está resuelto ahora á conocer la verdad, sea por el medio que sea. Si esa carta no encierra todo el misterio que deseo descubrir, juzgo por su emoción de usted, que comprende una parte. ¡Necesito esa carta: démela usted ó la tomo!

SUSANA. (Arrugando la carta entre su mano y tratando de romperla.) ¡No!

RAIM. (Agarrándola por el brazo.) ¡Venga!

SUSANA. ¿Pone usted la mano en una mujer?

RAIM. (Más y más descompuesto.) ¡Esa carta!..

SUSANA. Pues bien: ¡no le amo á usted!... ¡no le he amado nunca!... ¡le engañaba! Déjeme usted ya.

RAIM. ¡Esa carta!... (Pretende abrirle la mano.)

SUSANA. Raimundo, se lo diré á usted todo... Me hace usted daño... No soy culpable, no lo soy... ¡En nombre de tu madre, por el amor que me has tenido!... (Raimundo le arranca la carta.) ¡Miserable! (Cae desfallecida apoyándose en un sofá.) Está bien, lea usted; pero yo me vengaré, se lo juro.

RAIM. (Leyendo con voz entrecortada.) «Suplico á usted que no »me pierda; es preciso que nos veamos y se lo expli»caré todo. Lo que usted ordene se hará. No es culpa »mia si Raimundo me ama y si yo le amo á él. Sea »usted generoso conmigo una sola vez más en la vida »concediéndome algunas horas de respiro; porque si él »llega á conocer la verdad, moriré de vergüenza. Pro»meto no ser su esposa; pero por Dios, que no sepa »nada el señor de Nanjac. Espéreme usted, y en cuan»to me sea posible iré á su casa.» (Hablando.) ¡Y yo dudaba aún!... (Esconde la cara entre sus manos.) ¿Qué hice yo, Susana, para merecer esta indigna correspondencia? ¿por qué engañarme?... Tome usted su carta; ¡adios!... (Arroja la carta, se dispone á salir y á mitad del camino se deja caer sobre una silla, y no puede contener sus lágrimas.)

SUSANA. (Viéndolo abatido, con voz tímida.) ¡Raimundo!

RAIM. ¡Ha hecho usted llorar á un hombre que no había llorado desde la muerte de su madre! Se lo agradezco, porque estas lágrimas son el único bien que ya puedo esperar.

SUSANA. (Con tono de dulce queja.) ¡Me ha lastimado usted!

RAIM. ¡Perdóneme usted, es una cobardía; pero yo estaba loco; la amaba!...

SUSANA. (Aproximándose á él.) Tambien yo amaba á usted.

RAIM. ¡Si usted me hubiese amado, no me habría mentido!

SUSANA. (Marchando lentamente hácia él.) No existe mujer ninguna que, en mi lugar, confiese lo que usted cree que he debido confesarle: porque yo le amaba y le estimaba, y quería ser amada y estimada por usted. Un solo hecho hay en mi vida que no pude ménos de ocultarle; uno sólo. Si usted lo conociese, vería que no soy tan culpable como parece. Era yo entonces una criatura desamparada, sin guía, sin apoyo en el mundo. Yo he debido revelárselo todo, y el haber callado es mi única falta. ¡Oh, sí, hice mal en callar, porque usted es generoso y me hubiera perdonado; porque, áun cuando yo no deba ser esposa de un hombre como usted, pudiera aspirar á ser amada, amándole tanto. Pero ahora no me dará usted crédito, aunque nada me obliga ya á defenderme, ni á reiterarle la sinceridad de mi amor. (De rodillas.) Raimundo, cree en mí, ¡te amo!

RAIM. ¿Á quién escribía usted esa carta?

SUSANA. ¿Quieres provocarle?

RAIM. No le diré nada; ¡pero su nombre!

SUSANA. Ese hombre no tiene ningun derecho sobre mí, puesto que le escribía que te amo.

RAIM. ¿Entonces, por qué le prohibe á usted que sea mi esposa?

SUSANA. Te lo contaré todo cuando estés más tranquilo.

RAIM. (Levantándose.) ¡Adios!

SUSANA. (Reteniéndole.) ¡Escúchame ahora!

RAIM. ¡Acabe usted!

SUSANA. Escribía esa carta á...

RAIM. ¿Á Olivier?

SUSANA. (Con firmeza.) No, te lo juro; pero prométeme no provocar á ese hombre.

RAIM. Lo prometo.

SUSANA. Escribía al Marqués de Thonnerins. (Raimundo hace un movimiento de asombro y de cólera.) Raimundo, ponte en el lugar de una pobre mujer abandonada de todo el mundo, que encuentra protección inesperada y secreta... El Marqués es á quien todo lo debo. ¡Nunca tuve familia!

RAIM. ¿De manera que su matrimonio de usted?...

SUSANA. Falso.

RAIM. ¿Los papeles que usted me enseñó?...

SUSANA. Pertenecieron á una jóven muerta en el extranjero, sin amigos ni parientes.

RAIM. ¿Y la fortuna?

SUSANA. Procede del señor de Thonnerins.

RAIM. ¡Hé aquí la vergüenza que me preparaba usted en cambio de mi confianza y de mi amor! ¡En lugar de confesármelo todo con sinceridad y nobleza, me traía usted un nombre robado y una fortuna adquirida á precio de la honra! ¿No comprendió usted que cuando conociese mi infame situación, despues de ser su marido, no habría para mí otro recurso que matar á usted y levantarme despues la tapa de los sesos? Veo que nunca me tuvo usted amor, ni el menor aprecio siquiera.

SUSANA. Sí, soy una criatura miserable, indigna de tu estimación, y hasta de merecer un triste lugar en tu memoria. Vete, Raimundo, olvídame, auuque yo nunca podré olvidarte.

RAIM. Antes he de saberlo todo hasta el fin. ¿Qué más tenía usted que confesarme?

SUSANA. Nada.

RAIM. ¿Y Olivier? No sería también la miseria ni el abandono lo que influyó para que usted le aceptara como amante, sino el amor; y este amor Susana, ¡no se lo perdo-

naré jamás!

SUSANA. Olivier no fué nunca mi amante.

RAIM. Júrelo usted.

SUSANA. (Con seguridad.) Lo juro.

RAIM. ¿Y me ama usted?

SUSANA. ¿Te lo hubiera confesado todo, si no te amase?

RAIM. Pues bien, Susana, no pido más que una prueba de ese afecto.

SUSANA. ¿Cuál?

RAIM. Devuelva usted al Marqués de Thonnerins toda la fortuna que posee y de él ha recibido.

SUSANA. (Tocando el timbre.) ¡Al momento! (Coge papeles de un cajon y los mete en un sobre, que cierra. Al Criado, que entra.) Lleve usted en seguida este pliego al señor Marqués de Thonnerins; no tiene respuesta.

CRIADO. El señor Marqués sube en este instante la escalera.

SUSANA. ¡Él!

RAIM. (Exaltado.) Diga usted al señor Marqués que haga e favor de esperar. Deme usted ese pliego: voy á entregárselo yo mismo. (Váse el Criado.)

SUSANA. ¡Me asustas! (Conservando el pliego.)

RAIM. ¡Oh! ¡Nada hay que temer! Aun es tiempo Susana: escoja usted. Si prefiere conservar esos papeles, me alejaré de usted para no volver á verla jamás; si renueva el juramento que ha poco me hizo, y sobrevivo al desafio, no le pediré á usted cuenta de su vida, á partir desde este juramento, y marcharemos juntos.

SUSANA. He dicho la verdad. Toma. (Le da el pliego.)

RAIM. ¡Ah, Susana, yo mismo no sabía que te amaba tanto! (Váse.)

ESCENA XIII.

SUSANA. sola.

¡Acabo de jugar el todo por el todo! ¡Nadie más que Olivier puede perderme ó salvarme! ¡Si me amase como dice!... ¡oh, sería extraño! (Poniéndose el chal y el sombrero.) ¡Allá veremos!

FIN DEL ACTO CUARTO.

ACTO QUINTO.

Casa de Olivier. Este aparece escribiendo al levantarse el telón.

ESCENA PRIMERA.

OLIVIER, HIPÓLITO que entra y le toca en el hombro.

HIPOL. ¡Ya estoy aquí!

OLIVIER. (Concluyendo de cerrar una carta.) ¿Qué hay?

HIPOL. Que terminé todos tus encargos.

OLIVIER. ¿Viste á la señora de Lornan?

HIPOL. Si, gracias á los buenos oficios de su doncella, pues el marido ha vuelto á París. La pobre señora está llena de ansiedad, deseando saber de tí; y como por ahora no puede salir de su casa, tomó el partido de escribirte. Yo le he dicho que el duelo no se verificará...

OLIVIER. Y que su nombre no figurará para nada, suceda lo que suceda.

HIPOL. También. En fin, la dejo tranquila, y yo lo estoy, porque el duelo no se realizará.

OLIVIER. ¿Qué estás diciendo?

HIPOL. He visto al Marqués de Thonnerins, y hay novedades.

OLIVIER. Nada puede ya impedir que el señor de Nanjac y yo

nos batamos, á ménos que él se preste á darme toda clase de satisfacciones; lo cual no es probable.

HIPOL. De tí sólo depende.

OLIVIER. Explícate.

HIPOL. Ví al Marqués...

OLIVIER. Que rehusa apadrinarme.

HIPOL. Sí.

OLIVIER. Me lo figuraba, también él teme comprometerse.

HIPOL. Teme comprometerse, y con razón, porque esta clase de intervenciones no convienen ni á su edad ni á su estado. Pero ha visto á Nanjac, que está ya enterado de todo.

OLIVIER. ¿De todo?

HIPOL. De todo lo que tiene relación con el Marqués. Es el caso que Raimundo interceptó violentamente una carta que Susana escribía á su protector, y esta se vió obligada á confesar sus relaciones con el Marqués, logrando obtener el perdón de Nanjac á condición de que devolvería á su antiguo amante la fortuna que posee y ha recibido de él.

OLIVIER. ¿Y ella lo restituyó todo?

HIPOL. Así parece.

OLIVIER. ¡Me asombra! Pero ¿qué tiene que ver ese incidente con nuestro desafío?

HIPOL. Nanjac hizo por sí propio la restitución; y el Marqués, informado de vuestra querella, aprovechó la oportunidad para decir á Raimundo que juzgaba imposibles tanto el matrimonio como el duelo; que la señora D'Ange era indigna de él; y que tu conducta había sido la de un caballero y un buen amigo. Pero el señor de Nanjac, siguiendo las huellas de todo enamorado que, al encontrarse en posición falsa, cuanto más se acrimina á la señora de sus pensamientos, más digno cree él defenderla, tomó el asunto por lo sublime, y le contestó: «Al restituirle por mi mano lo que ha debido á su generosidad la señora D'Ange, quise darle á entender que deseo olvidar todo cuanto de la vida de

esa señora pueda tener relación con usted. Respecto del señor de Jalin, que empezó por asegurarme que no era más que amigo de Susana, y luégo me hizo sospechar lo contrario, si me jura bajo palabra de honor que fué su amante, le daré cumplida satisfacción, le tenderé mi mano, y nunca volveré á ver á la señora D'Ange.» ¿Comprendes ahora por qué digo que el duelo no se verificará?

OLIVIER. ¿Has acabado?

HIPOL. Sí.

OLIVIER. Pues bien, mi pobre Hipólito, agradezco tu buena intención; pero nada de eso tiene que ver con el desafío.

HIPOL. ¿Por qué?

OLIVIER. Porque Susana está ahora fuera de la cuestión personal mia. Dejemos seguir su curso á las cosas. Más digno de lástima que yo, es Nanjac; pero comprendo su conducta. Quisiera estrechar su mano, y quizás voy á matarle. Tal es la falsa lógica de las leyes del honor social; pero rijen, y tengo que respetarlas.

HIPOL. ¡Oh! ¡Sí, no es grato privar á nadie de la existencia!

OLIVIER. Dispensa; son las dos y media y aún no me has dicho cuando...

HIPOL. Es verdad. Pues como el Marqués de Thonnerins rehusó apadrinarte, busqué á Maucroix; juntos fuimos á tratar con los padrinos de Raimundo, y acordamos que el duelo se verificaría á las tres. Aún nos queda tiempo de sobra.

OLIVIER. ¿El lugar del combate?...

HIPOL. Los terrenos que hay detrás de esta casa son espaciosos, siempre están desiertos, nadie nos irá á buscar allí, y ofrecen la ventaja de que, si ocurre un percance, podremos trasportar el herido á lugar próximo y reservado.

OLIVIER. ¿Cuáles son las armas?

HIPOL. Los otros padrinos nos brindaron con la elección.

OLIVIER. ¿Ustedes la rechazarían?

HIPOL. Sí, cumpliendo con tu encargo de no aceptar concesiones. Sorteamos la ventaja que aquellos señores nos ofrecían, y á tí te tocó.

OLIVIER. ¿Y qué habeís escogido?

HIPOL. La espada.

OLIVIER. Si la suerte me es contraria, sacarás de este cajón una carta dirigida á Marcela, y te ruego que no dilates el entregársela, pues la pobre niña debe marchar esta noche, y mi carta impedirá seguramente su partida.

HIPOL. ¿Tienes algo más que encargarme?

OLIVIER. No.

HIPOL. Ni para Susana tampoco.

OLIVIER. Tampoco. Espero que venga.

HIPOL. ¿Te lo ha escrito?

OLIVIER. Sí.

CRIADO. (Entrando.) Abajo, dentro de un coche, hay una señorita que desea hablar con el señor.

OLIVIER. ¿Cómo se llama?

CRIADO. Escribió su nombre sobre este papel.

OLIVIER. (Leyendo.) «¡Marcela!...» Dígale usted que haga el favor de subir. (Váse el Criado. Á Hipólito.) Entra en esa habitación. Cuando sea hora de que marchemos, dá un golpecito en la puerta y me reuniré contigo.

HIPOL. No queda más que media hora.

OLIVIER. Está tranquilo, que seremos exactos. (Váse Hipólito, Olivier se dirige háciá la puerta; entra Marcela.) ¿Usted aquí, Marcela? ¡Qué imprudencia!

ESCENA II.

OLIVIER, MARCELA.

MARC. Nadie me ha visto llegar; y despues de todo, poco me importa lo que piensen de mí... Parto esta noche, puede que no vuelva jamás, y no quería marchar sin despedirme de usted.

OLIVIER. Pensaba ir al colegio para ver á usted antes de su partida.

MARC. ¿Y si no hubiese tenido usted ese propósito, ó le fuera imposible cumplirlo?

OLIVIER. ¿Es una queja?

MARC. Qué títulos puedo yo alegar para quejarme de usted?... ¿Me considera como su amiga? ¿Soy digna de la menor confianza? ¿Si tuviese usted una pena, me la había de confiar á mí? ¿Si corriese usted un peligro, pensaría un solo instante en estrecharme la mano antes de exponerse?... ¡Oh! ¡cuán desgraciada soy!

OLIVIER. ¿Qué tiene usted, Marcela?

MARC. ¡Vá usted á batirse, á que lo maten quizás, y me pregunta usted lo que tengo?

OLIVIER. ¿Quién le ha dicho á usted que voy á batirme?

MARC. Mi tia, que al salir de casa de la señora D'Ange, fué á verme y me lo contó todo. Tambien me dijo el nombre de la persona por quien usted se bate: la señora de Lornan.

OLIVIER. Se ha engañado.

MARC. No. De manera que, á no ser por mi tia, al ocurrir á usted una desgracia lo hubiera sabido sin prevención ninguna, como cualquier extraño... ¡Qué crueldad y qué ingratitud!... Si yo corriese algun peligro, juro que usted sería la única persona á quien llamase en mi socorro. ¿Por qué se ha guardado usted de mí sabiendo que yo hubiera recurrido á usted en cualquier apuro? Pero no importa; yo impediré ese desafío.

OLIVIER. ¿Y cómo lo vá usted á impedir?

MARC. ¿Vé usted como es cierto? Iré á buscar á una autoridad cualquiera y le diré cuanto ocurre.

OLIVIER. ¿Con qué derecho?

MARC. Con el derecho que tiene toda mujer de salvar al hombre... que ama. (Bajando los ojos.)

OLIVIER. ¿Usted me ama?

MARC. Demasiado lo sabe usted.

OLIVIER. ¡Marcela!

MARC. ¿Quién sino el hombre que amo hubiera tenido virtud para iluminar con una sola palabra mi entendimiento, cambiando todo mi ser, todo mi porvenír? ¿Por qué, sino por merecer la estimación de ese hombre, abandono la sociedad en que vivo y trueco el ócio por el trabajo, el bullicio por la soledad? ¡Oh! sí: mi propósito es merecer su estimación. ¡Cuando el hombre que amo conozca mi proceder y averigüe que por él he llegado á ser como quiere que sea, acaso me ame! Y vea usted lo que son las cosas: ¡mientras yo me forjaba estas ilusiones, usted se disponía á batirse por otra mujer! Pero no crea usted que he de consentir ese desafío. Que ella, siendo amada por usted, lo consienta, santo y bueno; pero yo, que le amo, ¡jamás!

OLIVIER. Escuche usted, Marcela: si dá usted un solo paso, si dice una sola palabra que pueda impedir el duelo, si logra usted impedirlo, como esto sería deshonrarme, porque dirán que me he valido de una mujer para no batirme, juro á usted, Marcela, que no sobreviviré á semejante deshonra.

MARC. ¡Dios mio! No diré nada, rezaré.

OLIVIER. Entre tanto, es necesario que vuelva usted á su casa; pronto nos veremos.

MARC. Me despide usted porque el duelo se verifica hoy.

OLIVIER. No: espero que ni hoy, ni otro dia. Hay un medio que puede arreglarlo todo. (Se oye golpear en la puerta, Olivier se aproxima á ella y contesta en voz alta.) Soy contigo.

MARC. ¿Qué es eso?

OLIVIER. Un amigo que me llama.

MARC. Uno de los padrinos.

OLIVIER. Sí.

MARC. ¿Para acompañar á usted al campo? ¡Oh! ya no me separo de usted.

OLIVIER. Mis padrinos están ahí discutiendo con los de Nanjac; necesitan hablarme, y para esto me llaman. Espero que todo se arreglará. Ahora que sé que usted me ama deseo vivir.

MARC. ¡Olivier!

OLIVIER. Hasta dentro de una hora que todo estará ya resuelto No conviene que la vean en mi casa; vuélvase usted al lado de la Vizcondesa y allí nos volveremos á ver: lo prometo. Estoy en esa habitación y no saldré de ella sino para buscar á usted. ¡Valor!... (Váse.)

ESCENA III.

MARCELA sola.

¡Dios santo, protéjenos! (Entra Susana.)

ESCENA IV.

MARCELA, SUSANA.

SUSANA. ¡Marcela!

MARC. (Volviéndose.) ¿Es usted, señora!

SUSANA. ¿Cómo se encuentra usted en esta casa?

MARC. Supe el duelo, y me apresuré á venir.

SUSANA. ¿Y ha visto usted á Olivier?

MARC. Le he visto.

SUSANA. ¿Y cuándo tiene lugar el desafio?

MARC. Espera que no se verificará.

SUSANA. ¿Por qué?

MARC. Porque hay un medio para impedirlo.

SUSANA. ¿Cuál?

MARC. Lo ignoro; mas parece que se hará uso de él.

SUSANA. ¡Sería una infamia!

MARC. ¿Conoce usted el medio?

SUSANA. Sí: deshonrar á una mujer; y estoy segura que Olivier no cometerá esa vileza para evitar el desafio. La ha engañado á usted.

MARC. ¿Él?

SUSANA. ¿Qué le dijo usted al llegar aquí?

MARC. Que yo no quería que se efectuase el duelo...

SUSANA. ¿Qué le ama usted?...

MARC. Sí, señora.

SUSANA. ¿Y que si insistia en batirse, no se separaría usted de él un momento?

MARC. Cómo lo sabe usted?

SUSANA. Sé lo que dice toda mujer enamorada en semejantes casos. ¿Con que él prometió á usted arreglar el asunto?

MARC. Sí.

SUSANA. ¿Y quizás ha confesado á usted que la ama?

MARC. Hé creido comprenderlo así.

SUSANA. Pues repito que todo fué un engaño: quiso desorientar á usted para ganar tiempo, y ha ido á batirse.

MARC. No, porque está allí.

SUSANA. ¿Y si no estuviera?

MARC. No tengo más que llamarle, para que salga.

SUSANA. Llámele usted.

MARC. (Llamando.) ¡Olivier! ¡Olivier!...

SUSANA. (Abriendo la puerta.) Nadie ¿Se convence usted ahora?

MARC. Esto no puede ser.

SUSANA. (Tocando el timbre.) ¿Duda usted aun? (Al Criado que entra.) Su amo de usted ha salido; ¿no es cierto?

CRIADO. Sí, señora.

SUSANA. ¿Sólo?

CRIADO. Con el señor Richond y con el señor Maucroix, que vinieron á buscarle.

SUSANA. ¿No dejó dicho nada para esta señorita, ni para mí?

CRIADO. Nada.

SUSANA. Está bien. (Á Marcela que se dispone á salir.) ¿Á dónde va usted? (Váse el Criado.)

MARC. ¡Corro en su busca: es preciso que yo le salve!

SUSANA. ¡Qué delirio! ¿Sabe usted siquiera dónde se hallan? No nos queda otro recurso que aguardar aquí para saber el resultado. Esperemos, y que la suerte decida. Olivier y Raimundo se baten en este momento, no hay duda; y como los dos son bravos y se detestan, uno de ellos matará al otro.

MARC. ¡Dios mio!

SUSANA. Ahora, oiga usted bien lo que voy á decirla. Olivier ha

mentido á usted ó á mí... pues ha dicho á las dos que nos ama.

MARC. ¿También á usted!... ¿Cuándo ha dicho á usted que la ama?

SUSANA. Hace dos horas. En un minuto va á decidirse mi suerte: si Raimundo sobrevive, estoy salvada; pero si sucumbe, no me queda otro recurso que el amor de Olivier; si no es usted la preferida. Ambas tenemos grande interés en averiguar los verdaderos sentimientos de su corazón; y si es Olivier el que vuelve, no debe encontrarnos juntas. ¿Comprende usted bien esto? Delante de las dos no se explicaría. Una se ocultará trás de aquella puerta para oirle, y esa seré yo, si usted quiere. Si él repite á usted que la ama, yo huiré sin que me vea, sin decirle una sola palabra... ¿Qué responde usted?

MARC. ¿Qué he de responder yo, si aun siquiera comprendo lo que quiere decir. Me ahoga la pena, y me asusta oir hablar á usted con esa calma aterradora. Yo no pienso más que en el peligro que corre...

SUSANA. ¿No oye usted?

MARC. No oigo nada.

SUSANA. ¡Un coche!

MARC. ¿Será él?...

SUSANA. Ha debido ocurrir una desgracia. Entre usted allí.

MARC. Quiero verle.

SUSANA. Entre usted allí, le digo... ¡Es él!... ¡Olivier!...

MARC. ¡Se salvó!... ¡Vive!... Ahora, Dios mio, hazme sufrir todo cuanto quieras!

SUSANA. (Empujándola hácia la habitación de la izquierda.) ¡No se detenga usted!

ESCENA V.

LOS MISMOS, OLIVIER que trae una mano vendada.

OLIVIER. (Con voz débil.) ¿Usted aquí, Susana?

SUSANA. ¿No esperaba usted verme?

OLIVIER. No.

SUSANA. ¿Está usted herido?

OLIVIER. ¡No es nada!

SUSANA. ¿Y Raimundo?...

OLIVIER. (Con más fuerza de voz segun vá hablando.) Vamos á ver, Susana, ¿estaba yo en mi derecho? ¿Engañé yo á ese hombre?

SUSANA. No; pero...

OLIVIER. Al obligarnos á cruzar las espadas, ¿á cuál, en conciencia, daba usted la razón?

SUSANA. Á usted.

OLIVIER. ¿Luégo su muerte es una desgracia, y no un crímen, verdad?

SUSANA. ¿Ha muerto?...

OLIVIER. Sí... Escuche usted, Susana. Desde el dia que vino usted á decirme que no me amaba ya, los celos se apoderaron de mí; si traté de impedir ese matrimonio, si dije á Raimundo lo que debía saber, y si acabo de matar al hombre cuya mano estrechaba hace ocho dias, no ha sido por él, sino porque usted no fuese suya, porque yo la amaba y la amo cada dia más. Confieso que por mi culpa ha perdido usted todo cuanto ambicionaba; pero ni yo puedo ser de otra que usted, ni usted puede ser más que mia. La suerte nos reune. ¿Quieres partir conmigo?

SUSANA. (Despues de haberle mirado bien frente á frente.) ¡Sea! Partamos.

OLIVIER. (Riéndose.) ¡Já, já! ¡Oh! buen trabajo me ha costado; pero al fin...

SUSANA. ¿Qué dice usted?

OLIVIER. Que ha perdido usted la última batalla. ¡Mire usted!

SUSANA. (Viendo á Raimundo, que aparece seguido de Hipólito.) ¡Raimundo!

MARC. (Echándose en brazos de Olivier.) ¡Ah!

OLIVIER. Perdón, hija mia, era necesario salvar á un amigo.

RAIM. (Á Olivier.) Gracias, Olivier. ¡Cuánto le debo! Yo estaba loco; y usted no ha excusado ningun sacrificio, para

salvar mi honor. Nada le ha detenido, ni mi ceguedad, ni mi injusto ódio, ni el temor de la muerte, recibiendo esa herida que por fortuna no ofrece gravedad. Todo ha concluido entre esta señora y yo, pues solo queda pendiente la cuestión de intereses, (Dando un pliego á Olivier.) que usted ya conoce, y que me hará la fineza de arreglar. No quiero dirigir una sola palabra á quien no he de volver á tratar en la vida. (Marcela se acerca á Raimundo y le coge amistosamente de las manos. Olivier se aproxima á Susana.)

SUSANA. ¡Es usted un miserable!

OLIVIER. ¡Oh! No es de buen gusto desquitarse con palabras injuriosas. Cuando en una partida se juega, en vez de dinero, el logro de una injusta pretensión contra la honra y la existencia, alguno ha de perder, y el que pierde debe pagar. Aunque me ha costado una estocada el interesarme en esta fatal partida, no soy yo quien estorba su boda de usted: es la razón, la justicia, la ley social que quiere que un hombre honrado no se case sino con una mujer honrada. Perdió usted la partida, pero ha salvado su puesta.

SUSANA. ¿Cómo es eso?

OLIVIER. Por este escrito que formalizó Raimundo antes del duelo, le restituye el capital que por su culpa devolvió usted al Marqués de Thonnerins.

SUSANA. (Como intentando un último recurso, y con visos de esperanza.) ¡Venga! (Rompe el papel mirando á Raimundo.) Yo le quería á él, y ambicionaba su nombre; pero no su fortuna... Dentro de una hora saldré de París para abandonar la Francia. (Raimundo no parece escucharla.)

OLIVIER. Ha hecho usted mal en romper ese escrito, puesto que por exigencia de Raimundo devolvió usted su fortuna al Marqués, y todo lo ha perdido.

SUSANA. No sé como fué; pero estaba tan turbada cuando entregué los papeles al señor de Nanjac, que despues me he encontrado la mayor parte de ellos dentro de mi escritorio. Adios Olivier. (Váse.)

OLIVIER. ¡Si esta mujer hubiese empleado en hacer el bien, una pequeña parte de la inteligencia que empleó en obrar mal!...

RAIM. (Á Marcela.) Usted será dichosa, señorita; porque se casa con el hombre más honrado que yo conozco.

FIN DE LA OBRA.

ZARZUELAS.

Homb.	Mujrs.	TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Parte que corresponde á la Administracion.
4	3	Á un sí un no	1	Sres. J. Usúa y T. Reig	L. y M.
»	»	Dos escéntricos	1	D. Ángel Rubio	M.
4	2	El chiripero	1	Sres. Luis Cocat y Reig	L. y M.
»	»	El faldon de la levita	1	J. Hernandez	M.
4	1	El mono Tong-Kong	1	Santa María y Reig	M. y 1|2 L.
9	5	Ellos y nosotros, segunda parte de ¡Eh!... ¡Á la plaza	1	Pina, Burgos y Rubio	L. y M.
»	»	Fanchete	1	D. José Rogel	M.
3	3	Flamencomanía	1	Sres Castilla, Navarro y Rubio	L. y M.
»	»	Fortuna te dé Dios, hijo	1	D. Calixto Navarro	L.
3	2	Golpes, fagina y retreta	1	Sres Cardin y Cabas	L. y M.
2	2	Jugar con trampa	1	Diaz Barroso y Reig	L. y M.
7	4	La mantilla blanca	1	Gorriz, Rubio y Espino	M. y 1|2 L.
3	2	La mar de chiquillos	1	D. Francisco Macarro	L.
7	4	La oracion de san Antonio	1	Pedro Escamilla	L.
»	»	La vuelta de Ruiz	1	Sres. Gorriz, Rubio y Espino	L. y M.
3	2	Meterse en honduras	1	Flores Garcia, Rubio Espino	L. y M.
»	»	Otelo y Desdémona	1	Calisto Navarro	1|2 L.
»	»	O último figurino	1	D. José Rogel	M.
»	»	Para palabra, Aragon	1	I. Hernandez	M.
3	1	Pobre Gloria	1	Eusebio Sierra	L.
»	»	Política y Tauromaquia	1	Búrgos, Rubio y Espino	L. y M.
6	4	Tipos al amanecer	1	Sres Eguilaz y S. Rubio	L. y M.
»	»	Un lio en el ropero	1	D. Tomas Reig	M.
3	1	Valiente pesca	1	Isidoro Hernandez	M.
5	1	Valiente sobrino	1	Sres. Cardin y Zapata y Rey	L. y M.
»	»	¡Eh, á la plaza! Ellos y nosotros	2	Pina, Búrgos y Rubio	L. y M.
»	»	Romao é etcétera	2	D. José Rogel	M.
4	2	La cruz de fuego	3	José Estremera	L.
9	7	Os dragoes d'Rey	3	José Rogel	M.
»	»	San Franco de Sena	3	Sres, Estremera y Arrieta	L. y M.
»	»	Un marido de Sobejo	3	D. José Rogel	M.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

Librerías de los *Sres. Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas; de *D. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá; de *Don Manuel Rosado* y de los *Sres. Córdoba y Compañía*, Puerta del Sol; de *D. Saturnino Calleja*, calle de la Paz, y de los *Sres. Simon y Compañía*, calle de las Infantas.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de la ADMINISTRACION.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta casa editorial acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.